

DIEGO GALEANO \*

ENTRE CUENTEROS Y OTARIOS:  
HISTORIA TRANSNACIONAL DE UNA ESTAFA EN AMÉRICA LATINA,  
1870-1930<sup>1</sup>

---

RESUMEN

Este artículo analiza la dinámica transnacional de una práctica delictiva que circuló por diferentes ciudades latinoamericanas desde el último cuarto del siglo XIX. Se trata de una estafa conocida en el Río de la Plata y en Chile como “cuento del tío”, en Brasil como “conto do vigário” y en otros países de la región andina y el Caribe como “paquete chileno”. Cuenteros, vigaristas y paqueteros eran tres denominaciones posibles del estafador, mientras que a la víctima se la llamaba “otario”. Usando como fuentes escritos producidos por policías y criminólogos, diccionarios de jerga delictiva, obras literarias, cancionero urbano y piezas de museo, este trabajo busca reconstruir las rutas seguidas por los timadores. En un diálogo crítico con la búsqueda de orígenes nacionales presente en muchos de sus relatos, se problematiza la compleja intersección entre la historia y la memoria de este delito.

**Palabras claves:** América Latina, historia transnacional, delito, policía, historia social.

ABSTRACT

This article analyzes the dynamics of a transnational criminal practice that circulated in different Latin American cities since the last quarter of the nineteenth century. This is a scam known in the Río de la Plata and Chile as the “uncle story”, in Brazil as the “*conto do vigário*” and in other countries of the Andean region and the Caribbean as the “Chilean package.” Storytellers, *vigaristas* and *paqueteros* were three possible swindler names, while the victim was called an “*otario*”. Using sources such as reports written

---

\* Doctor en Historia Social, Universidade Federal do Rio de Janeiro. Profesor del Departamento de História, Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro (PUC-Rio). Correo electrónico: dgaleano@puc-rio.br.

<sup>1</sup> Las ideas principales de este trabajo fueron presentadas, por primera vez, en el congreso de la Latin American Studies Association (Chicago, 2014), en el congreso de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (México, 2015) y en las Jornadas de Historia de Chile (Chillán, 2015). Se agradece a Amy Chazkel, Ernesto Bohoslavsky, Elisa Speckman Guerra y Daniel Palma Alvarado por los comentarios en esos eventos. Borradores de él fueron discutidos, además, en las reuniones del grupo Crimen y Sociedad (Universidad de San Andrés, Buenos Aires) y de la *Linha de Pesquisa em Experiências e Conexões Culturais* (Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro). A todos los colegas y alumnos participantes de esas reuniones, también gratitud por la lectura. Por último, agradezco a las autoridades del Museo de la Policía Federal Argentina por permitir la reproducción de imágenes fotográficas pertenecientes a la colección de Defraudaciones y Estafas. La investigación de este artículo fue financiada con fondos del proyecto “O reverso da moeda. Falsificação monetária e circulação ilegal de dinheiro no espaço atlântico sul-americano, 1890-1930”. (MCTI/CNPQ/MEC/CAPES N° 22/2014 “Ciências humanas e sociais”, P. 471933/2014-7).

by police and criminologists, criminal slang dictionaries, literary works, urban songbooks and museum pieces, this work seeks to reconstruct the routes followed by swindlers. In a critical dialogue with the pursuit of the national origins of the scam present in many of the stories about it, this article attempts to problematize the complex intersection between history and memory regarding it.

**Key words:** Latin America, transnational history, crime, police, social history.

Recibido: Septiembre 2015.

Aceptado: Abril 2016.

Ninguém já engana ninguém –o que é tristíssimo–  
na terra natal do conto do vigário”.  
Fernando Pessoa (1919)

#### INTRODUCCIÓN

Este trabajo estudia una forma de estafa que surgió en el mundo atlántico a mediados del siglo XIX y fue conocida en América Latina a través de diversos nombres: “cuento del tío” en el Río de la Plata (Buenos Aires, Montevideo) y otras ciudades de Uruguay, Argentina y Chile; “conto do vigário” en el universo luso-brasileño y “paquete chileno” en la región andina. Se trataba, en realidad, de expresiones que englobaban una multiplicidad de “cuentos”, historias o guiones para engañar personas y robarles dinero. Esos cuentos también tenían sus denominaciones específicas (“toco mocho”, “filo misho”, “cambiao”, etc.) y, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, su presencia se extendió, inclusive, a lugares donde no eran tan conocidos, como Venezuela, México, algunos países de América Central y el Caribe. En la historia del “legado del tío”, que le dio aquel nombre genérico, el estafador engañaba a su víctima convenciéndola de que había recibido una abultada herencia de un tío lejano y que necesitaba dinero para hacerla llegar al país. Prometía recompensar el favor con generosas ganancias que nunca se concretaban porque el embustero desaparecía, llevándose la contribución de su presa.

La presencia de cuenteros, vigaristas y paqueteros fue un fenómeno extendido en las ciudades latinoamericanas, en especial en las que recibieron grandes contingentes de inmigración europea, pero también en aquellas que experimentaban flujos de migración interna. La práctica del cuento del tío tendió a ser explicada, en diferentes lugares y en múltiples relatos, a través de hipótesis folclóricas: la proliferación de estos estafadores sería un fenómeno enraizado en linajes nacionales, ya sea en la “viveza criolla”, astucia atribuida a diversos pueblos hispanoamericanos, o en la “malandragem” de la sociedad brasileña. Estas ideas están presentes en numerosos relatos literarios y periodísticos. No obstante, otras fuentes sugieren la necesidad de una revisión crítica de esa búsqueda de orígenes nacionales para comprender los derroteros del cuento del tío.

¿Qué tipo de fuentes? En documentación policial consultada en Argentina y Brasil, por ejemplo, los cuenteros aparecen descritos como “delincuentes viajeros”, sujetos nómades que muestran la dimensión transnacional del fenómeno, antes que su explicación por supuestos esencialismos nacionales o étnicos. Sin embargo, este artículo no se busca

contraponer una verdad del archivo policial por sobre las narrativas estetizantes de la prensa y la literatura. Al contrario, se elige como estrategia entrelazar las voces de policías, criminólogos, periodistas y dramaturgos, leyendo relatos a contrapelo y tejiendo, así, una historia sociocultural de los cuenteros. Esa historia comienza con una serie de relatos que muestran la presencia de esta modalidad de estafa en la década de 1870 y en el espacio rioplatense, que parece haber sido su primer foco de irradiación. Se extiende hasta la década de 1930, cuando las ramificaciones de su circulación transnacional habían conformado un mapa que abarcaba una gran cantidad de ciudades latinoamericanas. Dentro de ese mapa, dos itinerarios fueron privilegiados: en primer lugar, las rutas atlánticas sudamericanas que conectaban los puertos de la cuenca del Plata con las ciudades del litoral marítimo de Brasil y, en segundo lugar, la circulación de cuenteros en las ciudades localizadas entre el Pacífico y la cordillera de los Andes, tales como: Valparaíso, Santiago, Lima, Bogotá, etcétera.

Para eso, este trabajo combina el análisis de fuentes documentales de diferente naturaleza. Por un lado, los cuenteros fueron un objeto de atención privilegiado por la cultura escrita de los policías latinoamericanos. Las publicaciones periódicas producidas por agentes policiales, en actividad o retirados, que a veces eran revistas oficiales y otras veces magazines comerciales lanzados al mercado editorial, serán un material fundamental. También se hará un intenso uso de diversos diccionarios de argot delictivo escritos por policías, criminólogos, periodistas e, incluso, por lingüistas expertos en el caló popular urbano, para mostrar la circulación de palabras y prestamos léxicos dentro del campo semántico del cuento del tío<sup>2</sup>. Por último, se incorporan fuentes que documentan la notable presencia de estas formas de estafa en la cultura popular urbana: piezas de teatro, folletos con coplas populares, programas radiofónicos y cancionero urbano. Se intentará mostrar que la cuestión del cuento del tío, además de circular en documentos policiales y judiciales, se leía en bares y tranvías, provocaba risas en cines y teatros, se pasaba en la radio, se cantaba en la calle<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Por ejemplo, los argentinos Antonio Dellepiane, *El idioma del delito: contribución al estudio de la psicología criminal*, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1894 y Luis C. Villamayor, *El lenguaje el bajo fondo: vocabulario lunfardo*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico La Bonaerense, 1915. Los textos de los brasileños Elyσιο de Carvalho, *Gíria dos Gatunos Cariocas: vocabulário organizado para os alunos da Escola de Polícia*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1912 y Raúl Pederneiras, *Geringonça carioca: verbetes para um dicionário de gíria*, Rio de Janeiro, Oficinas Gráficas do Jornal do Brasil, 1922. El trabajo del chileno Julio Vicuña Cifuentes, *Coa: jerga de los delincuentes chilenos*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1910 y los "Apuntes para la formación del vocabulario del hampa chilena", publicadas en 1938 por el director de la *Revista de Ciencias Penales*, Abraham Drapkin; para ello véase Cristián Palacios y César Leyton (eds.), *Industria del delito: historias de las ciencias criminológicas en Chile*, Santiago, Universidad de Chile/Ocho Libros, 2014, pp. 125-220. Finalmente, sobre Colombia: Max Leopold Wagner, "Apuntaciones sobre el caló bogotano", en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, año 4, N° 2, Bogotá, mayo-agosto 1950, pp. 181-213.

<sup>3</sup> La presencia del cuento del tío en la cultura popular urbana, impresa y oral, fue estudiada, en el caso de Buenos Aires por Lila Caimari, *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 60-93 y por Diego Galeano, "La invención del cuento del tío", en *La Biblioteca*, N° 12, Buenos Aires, 2012, pp. 210-233. Para el caso de Chile, la presencia en la lira popular fue registrada por Daniel Palma Alvarado, *Ladrones. Historia social y cultural del robo en Chile, 1870-1920*, Santiago, LOM Ediciones, 2011, pp. 93-94. Y sobre Brasil: José Augusto Dias Junior, *Os contos e os vigários: uma história da trapaça no Brasil*, São Paulo, Leya, 2010.

Utilizando esta misma estrategia de cruce de fuentes, en trabajos anteriores se analizó el surgimiento de una serie de prácticas delictivas transnacionales en América del Sur, con especial foco en las conexiones entre Buenos Aires y Río de Janeiro<sup>4</sup>. La hipótesis principal sostenía que entre el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX tomaron forma un conjunto de delitos contra la propiedad cuyo carácter transfronterizo era intrínseco a su *modus operandi*. Para poner a prueba esa hipótesis se examinaron tres especialidades diferentes dentro del universo de la “delincuencia viajera”: las redes de *punguistas*, los ladrones de hoteles y los estafadores que usaban el cuento del tío.

Cada una de estas prácticas tenía una lógica específica, una dinámica propia que llevaba a sus protagonistas a atravesar fronteras, ya sea forzados a huir de la persecución policial, atraídos por nuevas oportunidades de robo o, a menudo, debido a una combinación de factores de expulsión y de atracción<sup>5</sup>. En primer lugar, la figura del *punguista* internacional (a menudo denominado *pickpocket* para diferenciarlo del ratero o carterista amateur) era un personaje habitual en la prensa policial latinoamericana y en el discurso de los propios policías. Intercambios de cartas y telegramas entre las autoridades policiales de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro mostraban, a comienzos del siglo XX, una recurrente preocupación por el “éxodo” de grupos de *punguistas* que escapaban a otro país cuando las leyes y la represión policial se endurecían en el propio. Pero también viajaban atraídos por oportunidades excepcionales, como aglomeraciones de multitudes por ocasión de fiestas populares o visitas ilustres. Por ejemplo, cuando en 1899 el presidente argentino visitó Río de Janeiro, entre grandes pompas y manifestaciones callejeras, un periodista carioca advertía al jefe de la policía porteña (quien viajó con la comitiva oficial) que según informaciones de detectives locales varios “ladrones conocidos” del Río de la Plata habían desembarcado en la capital brasilera para robar en la muchedumbre que acompañaba los festejos. Al fin y al cabo, en esos días, cualquier caballero que hablara español con acento rioplatense pasaría inadvertido. “Nuestra capital y la de la República Argentina son los dos grandes centros de acción de la delincuencia sudamericana”, explicaba el periodista y agregaba: “perseguidos con rigor por los agentes de la ley, los ladrones fueron hacia Río de Janeiro” y cuando, en cambio, “la policía de aquí vigila con insistencia y persigue con todo el rigor de la ley a los amigos de lo ajeno, ellos se van a refugiar a Buenos Aires”<sup>6</sup>. Factores de atracción y de expulsión se articulaban, entonces, en el universo decisorio de *punguistas* que tenían a distintas ciudades del espacio atlántico sudamericano como horizonte de posibilidades.

---

<sup>4</sup> Diego Galeano, *Criminosos viajantes. Circulações transnacionais entre Rio de Janeiro e Buenos Aires, 1890-1930*, Río de Janeiro, Arquivo Nacional, 2016.

<sup>5</sup> Los historiadores de las migraciones transatlánticas han discutido el problema de los factores de atracción (*pull*) y de expulsión (*push*) como motores de los grandes desplazamientos territoriales de la época moderna. Tal debate configuró una controversia entre los “pesimistas”, que daban mayor peso a los factores de expulsión (falta de trabajo, hambruna, etc.) y los “optimistas”, que preferían priorizar los factores de atracción, en particular la búsqueda de mejores oportunidades en países con gran demanda de mano de obra. Diferentes síntesis de esa polémica pueden encontrarse en Dudley Baines, *Emigration from Europa, 1815-1930*, New York, Cambridge University Press, 1995; Herbert S. Klein, “Migração Internacional na História das Américas”, in Boris Fausto (ed.), *Fazer a América. A imigração em massa para a América Latina*, São Paulo, Edusp, 2000, pp. 13-31; Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 51-60.

<sup>6</sup> “Entrevista com o Dr. Beazley”, in *Jornal do Comércio*, Río de Janeiro, 10 de agosto de 1899, p. 3

En segundo lugar, el ladrón de hoteles, otra de las figuras paradigmáticas de la criminalidad moderna y viajera, tenía fuerte presencia en la cultura popular gracias a la literatura, el teatro y el cine. Especie de aristocracia del delito, el *rat d'hôtel* –como le llamaban los franceses– vestía con elegancia, exhibía buenos modales y gastaba mucho dinero, fingiendo ser un burgués que se hospedaba en un hotel, generalmente con la excusa de un viaje de negocios. Su crimen perfecto consistía en abandonar el hotel mostrándose indignado por los robos que él mismo cometía, sin levantar sospechas. Pero esa modalidad impedía robar dos veces en el mismo hotel. El polo de atracción de este oficio delictivo era el espacio metropolitano, centro de negocios y eje de la circulación de dinero, donde el anonimato hacía posible la construcción de la personalidad nueva, inventada para la ocasión. En cambio, como explicaba en sus memorias el Dr. Antonio, un célebre ratón de hoteles de la Belle Époque brasileira, la cantidad de establecimientos hoteleros era limitada aún en estas grandes ciudades y además la mirada policial acababa, tarde o temprano, recayendo sobre estos extraños, por lo cual siempre era preciso “huir, salir, desaparecer, tomar otro nombre, continuar”<sup>7</sup>. Una vez más, oportunidades que atraen y obstáculos que expulsan.

Por último, los cuenteros o *vigaristas* también mostraban especificidades en su dinámica transnacional. Las grandes ciudades, la frenética circulación de dinero y la interacción entre anónimos eran, como en el caso de los punguistas y ladrones de hoteles, condiciones de posibilidad del trabajo de estos embusteros. En particular, el cuento del tío requería de espacios donde la movilidad poblacional fuera intensa, donde se concentraran migrantes del interior del país y del extranjero, porque –como se verá– las típicas víctimas de estas estafas interpersonales eran los “recién llegados”, los nuevos habitantes metropolitanos. La intensa circulación transnacional de los cuentos del tío puede constatarse en la presencia de un mismo repertorio de “guiones” que, con nombres parecidos o diferentes, se repetían desde Argentina hasta México, pasando por una gran cantidad de países donde los cuentos dejaron huella en el habla popular.

Esta recursividad de las historias para estafar constituía precisamente un estímulo a la circulación translocal, ya que los guiones –junto con los propios rostros de los cuenteros– terminaban haciéndose conocidos a través de la prensa y también, claro, de las prácticas de transmisión oral. A veces era necesario llevar el cuento a otra parte. El historiador Pablo Piccato estudió un caso de enorme relevancia para entender esa dinámica transnacional: dos cuenteros, uno argentino y otro español, que migraron a la ciudad de México en 1911, a quienes la policía secuestró, en el hotel donde se hospedaban, manuscritos con los guiones e instrucciones para la dramatización del cuento en la vía pública<sup>8</sup>. No siempre estos estafadores viajeros simulaban ser burgueses adinerados, como hacían los ladrones de hoteles, pero compartían con ellos el hecho de basar su práctica delictiva en el despliegue de una sofisticada *mise-en-scène*. Como piezas de teatro que viajaban

<sup>7</sup> Dr. Antonio, *Memórias de um rato de hotel. A vida do “Dr. Antonio” narrada por elle mesmo*, Rio de Janeiro, Gazeta de Notícias, 1912, p. 12.

<sup>8</sup> Pablo Piccato, “Guión para un engrupe: engaños y lunfardo en la ciudad de México”, en Lila Caimari (ed.), *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires (1870-1940)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 135-172.

de ciudad en ciudad, los guiones del cuento del tío eran “performances *circum-atlánticas*”. Este concepto, empleado por Joseph Roach en un notable libro sobre circulaciones culturales entre Londres y Nueva Orleans, permite pensar esa zona de conexiones materiales e inmateriales que dieron forma al mundo atlántico, enlazando continentes<sup>9</sup>.

Obras sin autor y de orígenes insondables, los cuentos del tío son parte de la historia *circum-atlántica* del delito. Pero sus tentáculos alcanzaron también ciudades del Mediterráneo y del Pacífico. Las rutas latinoamericanas son apenas un recorte de un mapa mayor, que para ser completo debería incluir sus interacciones con ciudades de Europa occidental y de América del Norte. Se habla de rutas y conexiones entre ciudades; no de vínculos entre naciones: Montevideo, Buenos Aires, Rio de Janeiro, San Pablo, Santiago de Chile, Valparaíso, Lima, Bogotá y Medellín serán las escalas del recorrido. Historia transnacional, porque estudia prácticas sociales y culturales que atravesaban fronteras de diversos Estados-nación, y que además inquietaban a las autoridades encargadas de vigilarlas. Para comprender el fenómeno del cuento del tío, poco sirven como unidad de análisis los contornos de esos Estados<sup>10</sup>. Sin embargo, los procesos de construcción de identidades nacionales, a lo largo de los siglos XIX y XX, son importantes para entender la historia de esta estafa, que muchas veces se convirtió en objeto de especulaciones sobre supuestos orígenes españoles, portugueses, argentinos o brasileros.

“ADMIRÉ UN REFINADO VIGARISTA...”

En *A alma encantadora das ruas*, colección de textos que João do Rio publicó en la prensa carioca a comienzos del siglo XX, aparecía una crónica sobre las pequeñas profesiones urbanas en Rio de Janeiro. El relato comenzaba con una conversación entre un gitano y un marinero, diálogo entre dos tipos de nómades, que interactuaban en las inmediaciones del puerto. Mientras el marinero sonreía con sarcasmo, el gitano trataba de venderle cierto anillo, supuestamente de oro legítimo, por la suma de ocho mil réis. En ese momento entra en escena el narrador, João do Rio, seudónimo del periodista Paulo Barreto, que paseaba con un amigo por la costanera. “¿Admiraste aquel vendedor ambulante?”, le pregunta el amigo. Y João do Rio responde: “admiré un refinado *vigarista*...”<sup>11</sup>.

De acuerdo con el diccionario *Gíria dos gatunos cariocas* (1912), producido por el entonces jefe del Gabinete de Identificación de la policía de Rio de Janeiro, el escritor Elycio de Carvalho, la expresión ‘vigarista’ no era –como sucede en Brasil– un sinó-

<sup>9</sup> Joseph Roach, *Cities of the Dead: Circum-Atlantic Performance*, New York, Columbia University Press, 1996. Sobre la “historia *circum-atlántica*” como una historia transnacional del mundo atlántico, véase David Armitage, “Three Concepts of Atlantic History”, in David Armitage & Michael J. Braddick (eds.), *The British Atlantic World, 1500-1800*, New York, Palgrave-Macmillan, 2002, pp. 11-29.

<sup>10</sup> Para diversos autores los estudios transnacionales no son una escuela, sino una perspectiva que cuestiona al Estado-nación como marco de referencia y unidad de análisis en las ciencias sociales. Véase, por ejemplo, Bernhard Struck, Kate Ferris & Revel, Jacques, “Space and Scale in Transnational History”, in *The International History Review*, vol. 33, Nº 4, St. Andrews, 2011, pp. 579-580 y Pierre-Yves Saunier, *Transnational history: theory and history*, Hampshire/New York, Palgrave-Macmillan, 2013.

<sup>11</sup> João do Rio, *A alma encantadora das ruas: crônicas* (1ª ed. 1908), São Paulo, Companhia das Letras, 2008, p. 55.

nimo de ‘embustero’, de cualquier tipo de timador o, incluso, de mentiroso, sino del “ladrón que practica la especialidad del *conto do vigário*”. La misma definición acotada al fenómeno del cuento se encontraba en el diccionario *Geringonça carioca* que el abogado y comisario de policía Raúl Pederneiras elaboró alrededor de 1910, aunque recién fue publicado en 1922<sup>12</sup>.

El vigarista era, entonces, el mismo personaje que en diferentes países hispanoamericanos se conocía como “cuentero”. En el libro *La mala vida en Buenos Aires* (1908), el criminólogo argentino Eusebio Gómez explicaba que el “cuentero del tío” era el “estafador típico dentro de la delincuencia bonaerense” y que su trabajo consistía en “encontrar a su candidato (otario), campaneándolo, generalmente entre los forasteros”<sup>13</sup>. En la década de 1930, la revista *Detective* de la policía chilena publicó una serie de notas del comisario de investigaciones Edgardo Cavada Riesco sobre los cuenteros, definidos allí como “individuos que aparentan ser hombres de bien caídos en la desgracia, de fácil palabra y de maneras que inspiran confianza a sus víctimas”<sup>14</sup>. Los títulos de esas notas –“Cómo se estafa”, “No se deje robar”– revelaban la intención pedagógica del autor: prevenir a los lectores mostrando la manera en que operaban estos timadores y desenmascarando la trama de cada uno de los guiones<sup>15</sup>.

Esta misma intención preventiva ocupaba el centro de la obra del comisario argentino Ramón Cortés Conde, quien apostó a las potencialidades del radioteatro para hacer llegar al público la experiencia policial sobre los cuentos del tío. Sus programas “Ronda Policial” y “Charlas de Policía Preventiva”, ciclos emitidos por Radio Porteña durante la década de 1930, incluían –entre sus diversos consejos para evitar hurtos, asaltos y accidentes– numerosas dramatizaciones de los cuentos. Muchos de los guiones de esos *sketchs* radiofónicos fueron compilados en los libros *Cuentos del tío* (1940) y *Cómo nos roban* (1943), donde entre empleados, comerciantes, cocineras, porteros, amas de casa y ancianas se mezclaba siempre el personaje del “cuentero”<sup>16</sup>.

Desde la década de 1870, la prensa de Buenos Aires noticiaba diariamente en sus páginas casos de cuentos del tío. A pesar de eso, Ramón Cortés Conde comprobaba “con extrañeza” que la cotidiana difusión de los métodos de los cuenteros no era suficiente para “sustraer a los eternos ingenuos de las redes engañosas que se van tendiendo a su alrededor”. El comisario confiaba en la capacidad de las emisiones radiales y de

<sup>12</sup> Carvalho, *Gíria dos Gatunos...*, op. cit., p. 46; Pederneiras, op. cit., p. 48.

<sup>13</sup> Eusebio Gómez, *La Mala Vida en Buenos Aires (prólogo del Doctor José Ingenieros)*, Buenos Aires, Ed. Juan Roldán, 1908, pp. 90-91. La aclaración entre paréntesis de la palabra ‘otario’ está en el original. Por su parte, el verbo ‘campanear’, al que se refiere el autor, era definido por los diccionarios de lunfardo (el argot de los ladrones rioplatenses) como “mirar, atisbar”, ya que ‘campana’ era “el ayudante que se coloca al accho, con el objeto de dar alarma a los que efectúan el robo”. Dellepiane, op. cit., p. 64.

<sup>14</sup> Edgardo Cavada Riesco, “Cómo se estafa: los cuenteros”, en *Detective*, año 1, N° 2, Santiago, febrero 1934, p. 11.

<sup>15</sup> Véase también Cavada Riesco, “Cómo se estafa...”, op. cit., pp. 22-23; Edgardo Cavada Riesco, “No se deje robar: cuentos diversos”, en *Detective*, año 1, N° 6, Santiago, junio 1934, pp. 25-28.

<sup>16</sup> Ramón Cortés Conde, *Cuentos del tío. Episodios, sketches, anécdotas, relatos, historietas y glosas*, Buenos Aires, Verbum, 1940 y Ramón Cortés Conde, *Cómo nos roban. Los secretos del mundo delincuente. Los más famosos cuentos del tío. Ardides, engaños, sistemas y métodos que utilizan los malhechores para estafarnos*, Buenos Aires, Olivé, 1943. Sobre Ramón Cortés Conde y sus programas radiales, véase Lila Caimari, *Mientras la ciudad duerme Pistoleros, policías y periodistas, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 142-145.

su “popularizada audición” para llegar hasta los más incautos, que acaso no estuvieran alfabetizados para leer diarios. El objetivo era llamar la atención de aquellos “espíritus maleables y crédulos, fácilmente impresionables”, quienes muchas veces “cegados por el falso espejismo de una fácil ganancia” caían en la trampa de los cuenteros<sup>17</sup>.

Los cuentos que Ramón Cortés Conde dramatizaba en la radio argentina no eran muy distintos de los que, décadas más tarde, la revista uruguaya *Qué Pasa* difundía entre sus lectores. Los mismos guiones y también el mismo espíritu protector: “a fin de que el lector de *Qué Pasa* viva prevenido contra las múltiples formas de estafa empleadas por los cuenteros –escribía el cronista policial– ofrecemos a continuación, en forma muy sintética, los sistemas más conocidos en esta clase de timos”<sup>18</sup>. El tono de la prosa interpelaba de forma directa al lector con ejemplos concretos de la vida cotidiana. “Sábado de tarde o día feriado, a usted lo aborda un sujeto que pide, por no saber leer, que le revise un número de lotería...”. “Si usted camina por las calles cercanas al puerto, no se sorprenda si de un café aparece un hombre...”. “Si usted tiene costumbre de conversar con sus amigos en voz alta, sin querer está aportando datos a alguien que espera la oportunidad para robarle...”. Etcétera.

Pese a estar enfocados en prevenir a sus lectores y audiencia, ni el comisario chileno, ni el argentino, ni el anónimo redactor de la revista uruguaya, lograban disimular la admiración por los refinados cuenteros, que en Brasil llamaron la atención de João do Rio. En ese encantamiento que despertaban cuenteros y vigaristas, su educación y buenos modales tenía mucho que ver. La fisonomía era fundamental tanto para la construcción de confianza en las víctimas como para la fama que cosechaban entre policías y periodistas. Desde ambos oficios, Elysio de Carvalho llamaba “mozos bonitos” a estos delinquentes *gentleman* que estaban sustituyendo a los “ingenuos ladrones de gallinas”: la astucia ocupaba el lugar de la bruta violencia y las estafas eran cada vez más sofisticadas<sup>19</sup>.

Gran parte de la picardía de estos ladrones elegantes pasaba por sus capacidades dramáticas. El éxito del cuento dependía de la buena fabricación de un personaje y de una historia verosímil, pero también en la puesta en escena de habilidades verbales y gestuales. La performance pública de los cuenteros suponía un escenario metropolitano signado por encuentros efímeros entre extraños, sujetos mutuamente desconocidos que trababan un vínculo de construcción de confianza<sup>20</sup>. A comienzos del siglo xx la vida en las grandes ciudades latinoamericanas (Buenos Aires, Rio de Janeiro, San Pablo, México) era vista como una puesta en escena donde mucho valía la construcción de una fachada y el aspecto físico. Los ladrones con buena apariencia, como los cuenteros, constituían un desafío para las fuerzas policiales, ya que la gran mayoría de sus agentes

<sup>17</sup> Cortés Conde, *Cuentos del tío...*, op. cit., p. 5.

<sup>18</sup> “El cuento del tío tiene su principal aliado en la propia víctima”, en *Qué Pasa*, Montevideo, circa 1959, p. 3. Ejemplar encuadernado en la Colección de Crónicas Montevideanas de Manuel de Castro, Archivo SADIL, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay.

<sup>19</sup> Elysio de Carvalho, “O mundo dos criminosos”, in *A Ilustração Brasileira*, N° 38, Rio de Janeiro, 16 de dezembro de 1910, p. 202.

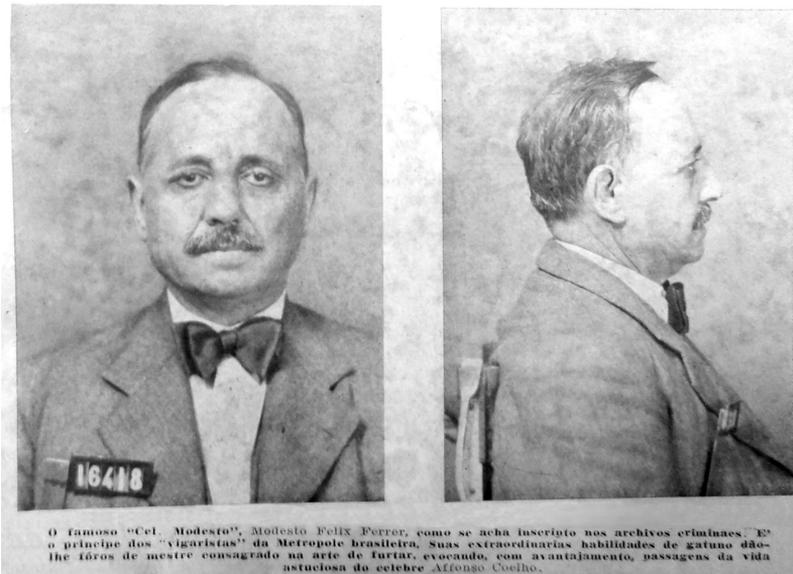
<sup>20</sup> El análisis que este artículo hace del cuento del tío como una “performance pública” le debe mucho a los escritos de Erving Goffman. Para el sociólogo de Chicago, los encuentros cotidianos en las metrópolis o “situaciones de interacción”, pueden ser interpretados como una *mise-en-scène* donde se construye una compleja fachada verbal y gestual. Erving Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life*, New York, Anchor Books, 1959 y Erving Goffman, *Encounters*, Harmondsworth, Penguin, 1972, pp. 17-72.

estaban habituados a respetar jerarquías de clase y distinciones raciales. Según escribía Elyσιο de Carvalho, cuando un policía raso se encontraba “frente a frente con uno de esos *escrocs* internacionales, inteligentes y astutos, elegantes y audaces, afectos a la vida cosmopolita”, se dejaban embaucar como el más fácil de todos los otarios<sup>21</sup>.

Otro policía carioca, Rolando Pedreira, exjefe de una importante sección dentro de Investigaciones y director de la *Gazeta Policial* de Rio de Janeiro, publicó en la década de 1930 una serie de “lecciones prácticas” orientadas a la lectura de esos agentes rasos. La tercera lección se refería, justamente, a la cuestión del “policía frente al delincuente”. Allí, el autor explicaba que había un curioso tipo de “delincuentes simpáticos con la policía: bien educados, de maneras agradables en la charla y leales a la autoridad”, ante quienes debía redoblarse el cuidado. Como apéndice del libro, incluía una “galería de los principales estafadores y carteristas que infectan la metrópoli brasileira”, donde aparecían retratos de algunos de esos cuenteros refinados y elegantes, entre ellos Cel. Modesto, considerado el “príncipe de los vigaristas”<sup>22</sup>.

FIGURA 1

*Retrato de Modesto Félix Ferrer, alias “Cel. Modesto”*



Fuente: Rolando Pedreira, *Lições de Polícia Prática*, Rio de Janeiro, Ed. da Gazeta Policial, 1935.

<sup>21</sup> Elyσιο de Carvalho, *A polícia carioca. A criminalidade contemporânea*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1910, p. 87.

<sup>22</sup> Pedreira, *op. cit.*, p. 40. “Cel. Modesto” era un personaje con mucha presencia en las crónicas policiales de la prensa brasileira. Véase, por ejemplo “Nova modalidade do conto do vigário”, in *Diário da Noite*, Rio de Janeiro, 24 abr. 1934, p. 9; “O perigoso scroc Modesto Félix Ferrer, novamente as voltas com a polícia”, in *O Radical*, Rio de Janeiro, 11 de dezembro de 1934, p. 5; “Modesto Ferrer é ladrão e vigarista”, in *Diário da Noite*, Rio de Janeiro, 10 de março de 1936, p. 2.

Frac, trajes hechos a medida por sastres, moños, corbatas y elegantes sombreros desfilaban junto a los rostros de los vigaristas en la galería fotográfica de Rolando Pedreira. Y, casi siempre, una mirada entre serena y desafiante a la cámara policial. Pero no era solo la vestimenta que distinguía a estos estafadores. Además de Cel. Modesto, Rolando Pedreira exhibía en la galería una veintena de retratos fotográficos de cuenteros que operaban en Brasil y ninguno de ellos era negro. Tres décadas antes de Rolando Pedreira, Vicente Reis, comisario de la policía carioca, dedicaba varias páginas de su libro *Os ladrões no Rio* (1903) a explicar el accionar de los “pasadores del *conto do vigário*”. Entre esas páginas incluía veintidós retratos de vigaristas célebres: la mayoría lucía elegantes trajes y, a excepción de dos ladrones conocidos por los apodos João de Thomazia y Matakando, todos los demás eran blancos<sup>23</sup>. Este era un elemento de enorme significado en una sociedad que atravesaba las primeras décadas después de la abolición de la esclavitud y en la que el color de piel se entrelazaba con los mecanismos de construcción de respetabilidad social<sup>24</sup>. Afirmarse como blanco y ser reconocido como tal era una herramienta más, para nada secundaria, en la tarea de ganarse la confianza del otario.

Cel. Modesto no era el único cuentero célebre y elegante de Brasil. Como decía el texto al pie del retrato de frente y perfil, “sus extraordinarias habilidades de gatuno le dan foros de maestro consagrado en el arte de robar, evocando con ventaja pasajes de la vida del célebre Afonso Coelho”<sup>25</sup>. En su libro, Vicente Reis se refería a las hazañas de Afonso Coelho. Para el autor, era uno de los más destacados entre los “vigaristas de levita”, es decir, “aquellos que engañan a los demás con medios audaces, usando estratagemas para sorprender la buena fe del otro”. Elysio de Carvalho también mencionó en varios de sus escritos a la figura de Afonso Coelho, dando cuenta de la atracción que despertaban estos refinados vigaristas: a pesar de su condición de “peligrosísimo *escroc*” era un ladrón “simpático a los ojos del público ignaro” y gracias a sus golpes de astucia se había convertido “casi en una figura de leyenda”. La fama de ese ladrón —concluía Elysio de Carvalho, algo indignado— “recorría el mundo rodeada de la más estúpida simpatía”<sup>26</sup>.

#### MITOS DE ORIGEN Y RUTAS TRANSNACIONALES

¿Quiénes eran estos vigaristas y cuenteros? ¿Cuándo nació esta práctica delictiva que en Chile, Bolivia, Argentina y Uruguay se conoció como “cuento del tío”? ¿Cuál era su relación con el tipo de estafas que en el universo luso-brasileño recibió el nombre genérico de *conto do vigário*? La moderna literatura mundial, con su rica trama de préstamos

<sup>23</sup> Reis, *Os ladrões no Rio, 1898-1903*, Rio de Janeiro, Laemmert, 1903, pp. 139-147.

<sup>24</sup> Sobre la “cuestión racial” en el Brasil de este período, véase Lilia Moritz Schwarcz, *O espetáculo das raças. Cientistas, instituições e questão racial no Brasil 1870-1930*, São Paulo, Companhia das Letras, 1993.

<sup>25</sup> Pedreira, *op. cit.*, s/p. Sobre la vida de Afonso Coelho, estafador conocido como el “Rocamboles brasileiro”, véase Ely Carneiro de Paiva, *O homem do cavalo branco. Uma história policial da Belle époque carioca*, Rio de Janeiro, Documenta História, 2012.

<sup>26</sup> Reis, *Os ladrões...*, *op. cit.*, p. 96. Elysio de Carvalho, “Dois refinados patifes”, in *Careta*, N.º. 201, Rio de Janeiro, 6 de abril de 1912, p. 31.

y traducciones, testimonia que las estafas interpersonales basadas en artilugios verbales precedían en mucho a la aparición de estas nociones. Por ejemplo, la expresión “caballero de la industria” era usada como sinónimo de timador por Valentín de Foronda, escritor de la Ilustración española, en sus *Cartas sobre la Policía* de 1801. “Los caballeros de la industria se mantienen a costa de los incautos, lo que les es muy fácil, haciéndoles concebir esperanzas muy lisonjeras, proponiéndoles cosas agradables, adulándolos; por cuyos medios, y por cierto aire de sinceridad y de franqueza, cautivan su confianza”<sup>27</sup>.

En su versión en francés, *chevalier d'industrie*, la expresión aparecía también en un libro de Herman Melville sobre embusteros que operaban en los puertos y a bordo de un barco por el río Mississippi, rumbo a Nueva Orleans. El título de ese libro, *The Confidence Man* (1857), aludía a lo que en América del Norte, por estos mismos años, comenzó a conocerse como Confidence Game o Confidence Trick, un tipo de estafa de gran parecido de familia con los cuentos del tío<sup>28</sup>.

“Caballeros de la industria” fue, además, la denominación usada por un cronista de Buenos Aires, en un folletín publicado en 1879 en el diario *La Nación*, uno de los primeros relatos sobre los guiones que a fines del siglo XIX se englobarían bajo la idea del cuento del tío<sup>29</sup>. Su autor, Benigno Lugones, produjo en ese mismo espacio del folletín un valioso y precoz testimonio acerca de las voces del lunfardo porteño, el argot de los ladrones de Buenos Aires cuyas palabras movedizas constituyen huellas fundamentales para entender el universo del cuento del tío y la forma en que sus guiones viajaron por América Latina<sup>30</sup>. De hecho, exactamente los mismos guiones documentados por Benigno Lugones a fines de la década de 1870 aparecen poco después en la prensa brasilera y a comienzos del siglo XX ya se habían expandido desde Chile hasta México. En su texto, por ejemplo, mencionaba una práctica que consistía en hacer pasar un billete de quinientos réis brasileiros como si fueran quinientos pesos fuertes, papel de valor mucho mayor en el mercado financiero internacional, estafa sintomática del espacio de conexiones que hizo posible la circulación del cuento del tío.

<sup>27</sup> Valentín de Foronda, *Cartas sobre la policía*, Madrid, Imprenta del Cano, 1801, p. 115. Sobre la expresión “caballero de la industria” en España véase Elisardo Ulloa, “Los caballeros de industria”, en Elisardo Ulloa Varela, *Crónicas ilustradas de la guardia civil*, Madrid, Marzo y Fernández, 1864, pp. 761-169. También en Iberoamérica se usaba la expresión a comienzos del siglo XIX. Véase, por ejemplo, el periódico titulado *Crónicas de los caballeros de la industria*, publicado en Bogotá desde el 5 de abril de 1827. Biblioteca Nacional de Colombia, MF1097.

<sup>28</sup> Herman Melville, *The confidence-man: his masquerade*, London, Longman, 1857, p. 2. Erving Goffman estudió la dinámica social de esta estafa: Erving Goffman, “De cómo calmar al primo: algunos aspectos de la adaptación al fracaso”, en *Sociología histórica*, N° 2, Murcia, 2013, pp. 415-438. La historia del confidence game en Estados Unidos del siglo XIX fue estudiada por Karen Halttunen, *Confidence Men and Painted Women: A Study of Middle-class Culture in America, 1830-1870*, New Haven, Yale University Press, 1982. Sobre los confidence tricksters en Inglaterra como “ladrones viajeros” y “aristócratas del delito”, véase William M. Meier, *Property crime in London, 1850-present*, New York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 85-108.

<sup>29</sup> Benigno B. Lugones, “Los caballeros de la industria”, en Benigno Baldomero Lugones, *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012, pp. 113-128.

<sup>30</sup> Sobre los préstamos léxicos entre el lunfardo rioplatense y la gíria brasilera, véase Galeano, *Criminosos viajeros...*, *op. cit.*, pp. 172-177. Sobre la relación con el coa chileno: Vicuña Cifuentes, *op. cit.*, p. 28. Acerca de su impacto en el lenguaje popular colombiano: Wagner, *op. cit.*, pp. 182-184. Véase también Rudolf Grossmann, *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de la Plata* (1ª ed. 1926), Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008.

En un diccionario de coa, jerga de los delincuentes chilenos, Julio Vicuña Cifuentes afirmaba que el cuento del tío era un artificio de “ilustre abolengo”, argumentando que en el *Cantar del mio Cid*—obra de la literatura española medieval— el caballero castellano protagonista de la epopeya, el Campeador, “obtuvo dinero de unos judíos con un engaño parecido”<sup>31</sup>. El linaje hispánico del cuento del tío se repite, como hipótesis genealógica, en diversas fuentes, no solo de América Latina. En Estados Unidos, una de las variantes más conocidas del Confidence Trick es el llamado Spanish Prisoner Game. En 1898, una nota del *New York Times* definía a este cuento como “una de las estafas más antiguas y atractivas, y tal vez más exitosas, conocidas por las autoridades policiales”<sup>32</sup>. En este cuento del prisionero español, el estafador mostraba la carta de una supuesta persona adinerada que estaría injustamente presa en otro país, en general por motivos políticos. A veces se sugería la existencia de algún vínculo familiar lejano con el otario. Pedía, entonces, dinero para la fianza, con la promesa de recompensar el favor cuando el poderoso detenido saliera de la cárcel.

Lo interesante de la nota del *New York Times* es que ese otro país, pese al nombre del cuento, no siempre era España: el lugar más frecuente era La Habana. El texto fue publicado, por cierto, en medio de la guerra entre Estados Unidos y España. El diario estadounidense deslizaba una grave acusación: “los oficiales de aquí han sospechado a menudo de las autoridades de Francia, España y las ciudades sudamericanas desde donde se administran las estafas, ya que parecen tener un sistema bien organizado y profundamente establecido, contra el cual no se toma ninguna medida”<sup>33</sup>. ¿Había conexiones entre los estafadores de Europa, América del Norte, el Caribe y América del Sur? Todos los indicios parecen conducir a una respuesta afirmativa y, además, a la centralidad de las rutas atlánticas seguidas por las migraciones masivas de europeos que—entre 1800 y 1950— buscaron mejores oportunidades en Estados Unidos, Canadá, Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela y otros países del continente.

Las conexiones atlánticas de los cuenteros dejaron huellas en la prensa y en los archivos policiales de diversas ciudades. En 1897, por ejemplo, el jefe de la policía de Buenos Aires recibió una carta de Guatemala con una denuncia de un “ingenuo otario” de ese país. Según el relato de la víctima de la estafa, Trinidad Coronado, todo sucedió durante su viaje en el vapor *Portugal*, que lo llevaba del Río de la Plata a Burdeos. Desde Francia—después de pasar unos días en París— embarcaría rumbo a Nueva York, escala previa a su regreso a Guatemala. Un pasajero que conoció a bordo, y que definía como “uno de esos farsantes y caballeros de la industria que tan bien saben desempeñar el papel de ladrones”, logró sacarle mil francos en billetes de cien, algunas libras esterlinas, un reloj de oro y un par de anteojos, utilizando un cuento con ayuda de cómplices.

<sup>31</sup> Vicuña Cifuentes, *op. cit.*, p. 76.

<sup>32</sup> “An Old Swindle Revived. The Spanish Prisoner and Buried Treasure Bait Again Being Offered to Unwary Americans”, in *The New York Times*, New York, March 20 1898, p. 1.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, p. 1. Por detrás de esta acusación existía toda una trama de sospechas acerca del mundo hispanoamericano y connotaciones negativas asociadas a Cuba, con larga historia en el imaginario estadounidense y que afloraron con especial fuerza en el contexto de la guerra hispano-americana de 1898. Sobre este asunto, véase Louis A. Pérez, *Cuba in the American Imagination: Metaphor and the Imperial Ethos*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2008.

Todos huyeron en el puerto de Río de Janeiro y lo dejaron sin un centavo en el resto de su viaje. El guatemalteco confiaba en la policía porteña para detener a los sospechosos y recuperar sus pertenencias<sup>34</sup>.

En las orillas del Río de la Plata, la circulación de estafadores entre los dos principales puertos de Argentina y Uruguay era intensa. “Detención de una gavilla de cuentistas: su exportación al vecino país”, se leía en las crónicas policiales del diario *La Tribuna Popular* de Montevideo. Corría el año 1915 y la Policía de Investigaciones había detenido esta banda de ladrones que se dedicaba a “engañar tontos por el socorrido cuento del tío”. Eran cinco españoles, casi todos andaluces, a quienes –según el cronista– ni las numerosas noches pasadas en comisarías, ni la deportación a Argentina le habían hecho perder el “buen humor”. Todos ellos registraban antecedentes policiales en los “anales de Buenos Aires y Rosario”<sup>35</sup>.

Al igual que el caso del guatemalteco estafado a bordo y de los cuenteros andaluces en Uruguay, los registros policiales brasileños muestran que estos estafadores viajeros se desplazaban en pequeños grupos, no siempre de la misma nacionalidad. La figura del cómplice era fundamental, porque entraba en escena durante la estafa simulando no conocer al cuentero y lo ayudaba a ganar la confianza de la víctima. Muchas de estas bandas de cuenteros internacionales fueron deportados de Brasil por la ley de expulsión de extranjeros de 1907<sup>36</sup>. Por ejemplo, el uruguayo Américo Ubaldo, expulsado en 1928, tenía antecedentes como cuentero en las policías de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro. Era indicado, por la policía y por la prensa, como cómplice de una banda de cuenteros que operaba en San Pablo con una docena de integrantes. De la misma manera, Héctor Morales, Armando Acuña y Matías Tortillo, tres estafadores chilenos, fueron acusados por la policía carioca de integrar una “cuadrilla internacional de ladrones” especializados en el conto do vigário y expulsados de Brasil en 1927<sup>37</sup>.

“El *conto do vigário* es una institución internacional que jamás desaparecerá de la faz de la tierra”, escribía el investigador nombre Fonseca en la revista carioca *O Malho*. En esa nota, de 1929, revisaba diversos mitos sobre el origen de esta estafa, “que data, según autorizados paleógrafos, de la Edad Media”<sup>38</sup>. ¿Pero cuándo había aparecido en Brasil? Según este escritor, no había una “base sólida y oficial” para asegurarlo y por eso seguía en pie la hipótesis de otro escritor brasileño. Se refería aquí a Alexandre J. de Mello Moraes Filho, quien en su libro *Factos e Memórias* (1904) incluía un capítulo sobre los orígenes del conto do vigário. El capítulo comenzaba con estas palabras: “en el

<sup>34</sup> Carta de Trinidad Coronado al doctor Francisco F. Beazley, Guatemala, 21 de julio de 1897, reproducida en “Una estafa curiosa”, en *Revista de Policía*, año 1, N° 9, Buenos Aires, 1 de octubre de 1897, pp. 138-139.

<sup>35</sup> “Detención de una gavilla de cuentistas: su exportación al vecino país”, en *La Tribuna Popular*, Montevideo, 25 de noviembre de 1915, p. 2.

<sup>36</sup> Galeano, *Criminosos viajeros...*, op. cit., p. 193-207.

<sup>37</sup> Archivo Nacional del Brasil, Fondo de Expulsión de Extranjeros, IJJ 126, legajos de Américo Ubaldo y Armando Acuña. Véase también, sobre Américo Ubaldo: “Punguistas internacionales”, in *Diário Nacional*, São Paulo, 1 de agosto de 1928, p. 5 y “O conto do vigário. Uma dúzia de malandros que videm explorando a ingenuidade dos otários”, in *A Gazeta*, São Paulo, 23 de mayo de 1929, p. 8. Y sobre la banda de cuenteros chilenos: “Uma trinca perigosa”, in *A Noite*, Rio de Janeiro, 4 de julho de 1927, p. 4.

<sup>38</sup> Investigador Fonseca, “O Conto do Vigário”, in *O Malho*, Rio de Janeiro, 16 novembro de 1929, p. 3.

país natal de Cervantes y de los boleros se originó el famoso conto do vigário, hace más de veinte años en acción en Río de Janeiro”<sup>39</sup>.

Un año antes de la publicación de ese libro, el comisario Vicente Reis había mencionado al linaje español como explicación del nacimiento de esta práctica delictiva. El conto do vigário era para él “un embuste usado por los malandros que *trabajan* fuera del país” y, agregaba, “generalmente en España”. Lo mismo apuntaba Elysio de Carvalho en su diccionario de argot de los ladrones cariocas: “la denominación viene de España y nació del hecho original de tratarse siempre de la historia de una herencia dejada por un tío vicario a un sobrino huérfano”.<sup>40</sup> ¿En qué consistía esta “historia de la herencia”, que para muchos policías latinoamericanos era el libreto original, el auténtico cuento del tío? Un comisario chileno sintetizaba muy bien el guión:

“Le escriben a un señor de cierta fortuna que esté en el extranjero o ciudad distante, diciéndole que ha muerto un deudo que le deja una gran fortuna y le solicitan poder para pedir la posesión efectiva de la herencia. Enviado éste, hacen ciertos trámites falsos y escriben nuevamente a la víctima, dándole cuenta de las diligencias efectuadas y solicitándole dinero, para el pago de impuestos y gastos de escrituras. El interesado les remite el dinero solicitado y se ha efectuado la estafa”<sup>41</sup>.

En el libro *El hampa y sus secretos* (1934), el policía argentino Manuel Barrés narra una versión diferente de la historia de la herencia, conocida como el “legado para los pobres” donde en lugar de la correspondencia había un encuentro callejero entre cuentero y otario. El estafador se hacía pasar por un paisano que llegaba a Buenos Aires con la misión de entregar a “un tal Martínez” una alta suma de dinero que su tío, al borde de la muerte, destinaba a una obra de caridad. En nota a pie de página aclaraba que la expresión “cuento del tío”, ya en ese momento popularísima en Buenos Aires, provenía de esta historia sobre el encargo de un tío muerto, o casi muerto. Sin embargo, para despistar, los cuenteros comenzaban a cambiar el guión, convirtiendo el asunto en una diligencia del padre o del hermano<sup>42</sup>. Al pasar a Brasil, en cambio, el tío se convirtió en sacerdote.

Vicente Reis, Mello Alexandre J. de Moraes Filho, Elysio de Carvalho y el Investigador Fonseca sostenían un núcleo de especulaciones comunes sobre los orígenes del *conto do vigário*. En primer lugar, coincidían en datar la llegada de la estafa al país en los últimos años del imperio brasileiro, en algún momento de la década de 1880. Luego, agregaban que los estafadores españoles habían tenido un papel central en la propagación de este delito alrededor del mundo: “bandas de ladrones se constituyeron en asociaciones para burlar la buena fe nacional y extranjera, y en esa tentativa mandaban agentes a diversos países de Europa, especialmente a Francia, Italia y Portugal”, según concluía Alexandre J. de Mello Moraes Filho<sup>43</sup>.

Tal vez fue el Investigador Fonseca el que formuló el corolario más interesante a partir de estos indicios: esa forma de estafa que los franceses llamaban “vol à l’améri-

<sup>39</sup> Alexandre J. de Mello Moraes Filho, *Factos e Memórias*, Río de Janeiro, Garnier, 1904, p. 46.

<sup>40</sup> Reis, *Os ladrões...*, *op. cit.*, p. 111. Carvalho, *Gíria dos Gatunos...*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>41</sup> Cavada Riesco, “Cómo se estafa...”, *op. cit.*, p. 11.

<sup>42</sup> Manuel Barrés, *El hampa y sus secretos*. Buenos Aires, Imprenta López, 1934, p. 153.

<sup>43</sup> Moraes Filho, *op. cit.*, p. 47.

caine”, los luso-brasileros “conto do vigário” y los hispanoamericanos “el legado del tío”, en realidad, no tenía nacionalidad, era el “judío errante del arte de robar”<sup>44</sup>. Estos autores mostraban que, al igual que en el Spanish Prisoner Game, las primeras versiones del conto do vigário involucraban cartas escritas en castellano. Alexandre J. de Mello Morais Filho y Investigador Fonseca mencionaban esas cartas; el comisario Vicente Reis directamente las reproducía. En una sección del libro llamada “el cuento preparado en el extranjero”, mostraba ejemplos de estos documentos, repletos de sellos falsos de la iglesia parroquial Santa María de Pamplona, del Colegio de Niñas Huérfanas de la Concepción, timbres de Juzgados de Instrucción y de colegios notariales de Madrid. Toda esa parafernalia de papeles y sellos acompañaba a la performance del conto do vigário propiamente dicho: la historia de un caballero acaudalado que, antes de morir, confesó ante un sacerdote parroquial el deseo de dejar su fortuna a una sobrina huérfana<sup>45</sup>.

La historia, por lo tanto, tenía un enorme parecido con el cuento del prisionero español y con el cuento del legado del tío, que daría el nombre a esta estafa en buena parte de Hispanoamérica. Sin embargo, también mostraba algunas singularidades. Los cuentos viajaban por el espacio atlántico, conectando continentes y países, pero al viajar se transformaban, adquiriendo características particulares que reflejaban formas locales de construcción de confianza. Alexandre J. de Mello Morais Filho lo resumía claramente: en Brasil el cuento español fue alterado por la “religiosidad patria”, girando en torno de la “dignidad clerical parroquiana, de donde deriva su popular nombre”. De este modo, el cuento del tío, “importando industriosamente por los españoles de la República Argentina”, se había transformado al tocar tierra brasilera en el conto do vigário<sup>46</sup>.

¿Importado por los españoles de Argentina? El libro de Alexandre J. de Mello Moraes Filho introducía así una nueva pista sobre estas circulaciones transnacionales. La hipótesis de que la estafa española entró por el Río de la Plata y, a través de los cuenteros del tío, pasó a Brasil, tiene al menos dos evidencias a su favor. Por un lado, la cronología, ya que diferentes testimonios muestran su presencia en Buenos Aires algunos años antes de los primeros registros en Brasil. En la revista argentina *Caras y Caretas*, por ejemplo, el escritor Félix Lima aseguraba que el cuento del tío era un “artículo importado” que había atravesado el océano Atlántico durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento (1867-1874), “al intensificarse la inmigración de italianos y españoles”<sup>47</sup>. Por otro lado, la hipótesis era reforzada por la intensa trama de préstamos léxicos entre el lunfardo rioplatense y la gíria de los ladrones brasileros. Como daban cuenta los diccionarios de Elycio de Carvalho y de Raúl Pederneiras, las palabras usadas por los vigaristas provenían del lunfardo, habían sido inventadas antes en Argentina por los cuenteros del tío.

<sup>44</sup> Fonseca, *op. cit.*, p. 3. La expresión “vol à l’américaine” mencionada aquí por Investigador Fonseca era, de hecho, objeto de análisis de obras escritas por periodistas, criminalistas y policías francófonos. Por ejemplo, Pierre Delcourt, *Le vol à Paris*, Paris, Ed. Alphonse Piaget, 1988, pp. 179-191; Louis Puiubarau, *Les malfaiteurs de profession*, Paris, Flammarion, 1893, pp. 159-168. Rudolph A. Reiss, *Manuel de Police Scientifique (Technique)*, Lausanne, Payot, 1911, vol. 1: Vols et Homicides, pp. 287-292; Edmond Locard, *Le crime et les criminels*, Paris, La Renaissance du Livre, 1925, pp. 151-155.

<sup>45</sup> Reis, *Os ladrões...*, *op. cit.*, p. 113-130.

<sup>46</sup> Morais Filho, *op. cit.*, pp. 46-48.

<sup>47</sup> Félix Lima, “El cuento del tío también tiene su historia”, en *Caras y Caretas*, N° 1736, Buenos Aires, 9 de enero de 1932, p. 81.

Las expresiones eran varias ('engrupir', 'guita', 'misho', 'paco' y 'toco-mocho'), pero ninguna tan importante como la propia palabra 'otario'. Si para Elyσιο de Carvalho el conto do vigário era un "robo hecho por medio de una mentira artificiosa contada a un individuo ingenuo", ese individuo era el otario: "hombre de buena fe, ingenuo, tonto, que fácilmente cae en el cuento". Esta descripción coincidía con las que en Buenos Aires habían hecho Benigno Lugones en 1879 y Antonio Dellepiane en 1894. Otario, escribía este último, era un "hombre honrado, ignorante, infeliz, sujeto fácilmente embaucable explotando sus condiciones de tonto y de pillo, de crédulo y de codicioso". Había otra palabra del lunfardo rioplatense que actuaba casi como sinónimo de otario: el adjetivo 'gil', "tonto, fácil de embaucar", según Antonio Dellepiane<sup>48</sup>. Casi sinónimo, pero no por completo, ya que a diferencia de gil, en la definición de otario aparecía la referencia a la codicia. ¿Era el otario, la víctima del cuento del tío, tan honrado y tan ingenuo? ¿Eran tan giles todos los otarios?

#### LA TRAMA DE LOS GILES

En su crónica sobre los cuenteros, el comisario chileno Edgardo Cavada Riesco utilizaba el término 'gil' para referirse a las víctimas de cada una de las estafas narradas. Los cuenteros "ofrecen a un gil venderle un boleto premiado de la lotería, por no tener tiempo para ir a cobrarlo", escribía a propósito del cuento de la lotería, o "toco-mocho", conocido en Buenos Aires desde el último cuarto del siglo XIX, con ramificaciones en Brasil y en Uruguay<sup>49</sup>. Los tocomocheros "se valen del argumento, tan viejo ya, del billete de lotería premiado", decía Ramón Cortés Conde en la década de 1840. Y, de hecho, no estaba tan equivocado sobre la antigüedad del cuento, que aparecía en el folletín de 1879 del argentino Benigno Lugones: "el estafador detiene al otario y le propone en venta el billete diciéndole que algún motivo poderoso le impide ir en persona a cobrarlo"<sup>50</sup>.

Para Edgardo Cavada Riesco, en el cuento de la lotería "la víctima, individuo ambicioso de ganar dinero fácil, acepta en vista de la utilidad pingüe que recibirá"<sup>51</sup>. El afán de lucro del otario, sus constantes expectativas de sacar provecho monetario de las interacciones metropolitanas, estaban en el centro de las narrativas policiales sobre el cuento de tío. No solo hablaban de inocentes víctimas, giles que caían en la trampa. También ocupaban un lugar destacado las sospechas que recaían en los estafados codiciosos y arribistas. Cuenteros y otarios estaban inmersos, entonces, en una misma economía moral: la omnipresencia del dinero como amalgama de lazos sociales entre anónimos implicaba todo un juego de confianzas y sospechas, donde las fronteras entre las víctimas y los victimarios, la legalidad y la ilegalidad, se volvían tenues.

<sup>48</sup> Carvalho, *Giria dos Gaturmos...*, *op. cit.*, pp. 16 y 22. Dellepiane, *op. cit.*, p. 77 y 88. Un diccionario chileno también registraba la palabra 'gil' como "necio, víctima de un engaño, novato, ignorante ajeno al hampa", Drapkin, *op. cit.*, p. 218.

<sup>49</sup> Cavada Riesco, "Cómo se estafa...", *op. cit.*, p. 11. Sobre su presencia en Brasil y en Uruguay: Reis, *Os ladrões...*, *op. cit.*, p. 139 y "El cuento del tío...", *op. cit.*, p. 3.

<sup>50</sup> Cortés Conde, *Cómo nos roban...*, *op. cit.*, p. 38; Lugones, *op. cit.*, p. 116.

<sup>51</sup> Cavada Riesco, "Cómo se estafa...", *op. cit.*, p. 11.

Aun así, la idea del otario como víctima inocente siempre merodeaba las historias sobre el cuento del tío. Es llamativo que en el diccionario de Elycio de Carvalho aparezca la palabra ‘guil’ definida como “sujeto de afuera que no conoce la ciudad”<sup>52</sup>. ¿Tendría alguna relación con el término ‘gil’ del lunfardo rioplatense? Es probable, pero también tenía un sentido más preciso. Todos los repertorios de gíria brasileira confirman ese significado de guil: “el que no conoce la ciudad, recién llegado”, anotaba Raúl Pederneiras; “individuo recién llegado, desconocedor de la ciudad, persona de afuera, extraña”, anotaba en su diccionario el policía paulista Manuel Viotti<sup>53</sup>. En Rio de Janeiro y en San Pablo, en Buenos Aires y en Montevideo, muchos relatos, obras de teatro y canciones populares ridiculizaban a los “recién llegados”, inmigrantes extranjeros y provincianos que migraban desde el interior del país a las metrópolis. El tono oscilante de las narrativas sobre los cuenteros, condimentadas con condena moral, pero también con admiración hacia la astucia, tenía su correlato en la construcción del tipo ideal de otario: pobre víctima, pero a la vez objeto de burla.

FIGURA 2  
*Cuenteros y otarios*



*El cuento del tío  
también tiene su historia*



Fuentes: Lima, “El cuento del tío”, p. 81 (izq.) / Reis, *Os ladrões...*, op. cit., p. 131 (der.).

Las ilustraciones que acompañaban a esos relatos en las páginas de diarios, revistas y libros muchas veces reforzaban (como se ve en los ejemplos de Félix Lima y Vicente Reis) la idea del provinciano como presa del cuentero. “Recién llegado de *ajuera*, con la plata en el tirador, halló, como si lo viera, enseguida un protector”, decía la letra de una copla popular porteña, recopilada por el periodista Juan Saldías, en la que se narra la historia de un encuentro entre cuentero y otario, frustrado por la acción de la Policía

<sup>52</sup> Carvalho, *Gíria dos Gaturmos...*, op. cit., p. 26.

<sup>53</sup> Pederneiras, *Geringonça carioca...*, op. cit., p. 29 y Manuel Viotti, *Novo dicionário da gíria brasileira*, São Paulo, Ind. Gráfica Bentivegna, 1956, p. 223.

de Investigaciones<sup>54</sup>. En un libro sobre la influencia lingüística extranjera en el español rioplatense, el filólogo Rudolf Grossmann recogía una serie de testimonios textuales del cocoliche, revoltijo de italiano y castellano resultado de las inmigraciones masivas. Uno de esos documentos era una dramatización de la estafa a un napolitano, originalmente publicada en el periódico uruguayo *El Fogón*. El diálogo intercalaba la voz del inmigrante –en italiano– con intervenciones criollas del cuentero y del jefe de policía<sup>55</sup>.

En parentesco con el francés “vol à l’américaine”, los inmigrantes italianos llamaban al cuento “truffa all’americana”. La expresión era empleada con frecuencia en los diarios publicados por la colectividad y también en los manuales distribuidos entre los compatriotas para auxiliar la adaptación en los países de destino. Un manual de 1918, orientado a los italianos que se dirigían a Argentina, incluía entre sus consejos una advertencia sobre los cuenteros<sup>56</sup>. Por su parte, los periódicos que la colectividad italiana publicaba en Brasil muestran la misma preocupación de los inmigrantes con el temible conto do vigário. En el diario *L’Italia: organo degl’interessi Italo-Brasiliani* se festejaba la sagacidad y prudencia de un comisario carioca que había detenido a uno de esos ejemplares “que usan como pasatiempo engañar al pueblo viajero con el *conto do vigário*”<sup>57</sup>. En San Pablo, ciudad brasilera que concentraba la mayor parte de los inmigrantes italianos, la inquietud parecía ser todavía mayor que en la capital del país. En la propia tapa del primer número del periódico satírico *È Permesso?... e se non è permesso ce lo prendiamo*, la editorial, que presentaba las intenciones de la nueva publicación, prometía dar “exactas noticias de los ratones que caen en la trampa, caballeros de la industria y comercio... *galantuomini di vista y passadores do conto do vigário*”<sup>58</sup>. Gran cantidad de estas noticias aparecían en el importante periódico *Il Bersagliere* de Rio de Janeiro<sup>59</sup>.

Uno de esos textos era una larga crónica que llevaba el título de *Truffe scandalose*. “Por desgracia –lamentaba el cronista– no es la primera vez que debemos ocuparnos de estafas en detrimento de nuestros compatriotas”. Las tentativas de las autoridades policiales para “proteger a los emigrados” y “castigar a los *truffatori*” fracasaban porque eran siempre medidas transitorias e ineficaces. “Nuestros pobres connacionales”, las “lágrimas de las víctimas” y el “compatriota engañado”, eran frases que reafirmaban la

<sup>54</sup> José A. Saldías, “Cuento del tío”, en José Antonio Saldías, *La inolvidable bohemia porteña*, Buenos Aires, Ed. Freeland, 1968.

<sup>55</sup> El Gurí Mariano (seudónimo), “Cuento del tío”, en *El Fogón*, Montevideo, 22 de marzo de 1901, p. 1380. También reproducido en Rudolf Grossmann, *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de la Plata* (1ª ed. en alemán 1926), Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008, pp. 375-376.

<sup>56</sup> *Manual del inmigrante italiano* (1ª ed. en italiano 1918, traducción y selección de Diego Armus), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 52-53.

<sup>57</sup> “Una buona reata”, in *L’Italia: organo degl’interessi Italo-Brasiliani*, N° 208, Rio de Janeiro, 18-19 de dezembro de 1886, p. 2. El texto está en italiano, pero la expresión *conto do vigário* aparece en portugués en el original.

<sup>58</sup> “È Permesso”, *È Permesso?... e se non è permesso ce lo prendiamo*, anno 1, N° 1, S. Paolo, 20 settembre 1896, p. 1. Elijo mantener *galantuomini di vista* en italiano. En cambio, *passadores do conto do vigário* está en portugués en el original.

<sup>59</sup> “Un burlone que viene burlato”, in *Il Bersagliere*, Rio de Janeiro, 15 de maio de 1891, p. 1; “Conto do vigario”, in *Il Bersagliere*, Rio de Janeiro, 15 de agosto de 1903, p. 3; “Un connazionale nostro vittima del solito... conto do vigario”, in *Il Bersagliere*, Rio de Janeiro, 21 de abril de 1912, p. 2.

inocencia de los italianos que caían en el conto do vigário en Brasil<sup>60</sup>. Al parecer, estos extranjeros no eran los únicos afectados por la estafa. Una nota en la revista *O Rio Nu* se burlaba, en 1900, de los “portugueses que todavía caen en el *conto do vigário*”<sup>61</sup>. Y, en la misma tónica, *The Rio News* festejaba con sus lectores angloparlantes la captura de dos confidence-men arrestados en San Pablo por estafar “*two innocents through the old, old conto do vigário...*”<sup>62</sup>.

Si se cambia el punto de observación y, desde los manuales y la prensa de colectividades inmigrantes, se retorna a las narrativas policiales, es posible percibir que la inocencia de los otarios era puesta constantemente en duda. Para entender esa dimensión, vale la pena reducir la escala analítica y enfocarse en dos guiones específicos que ocuparán las páginas que siguen. El primero era el cuento del paco o balurdo, expresiones presentes en el lunfardo, en la gíria y en el coa; conocido también como “paquete chileno” en la región andina y el Caribe. El segundo, cuento del filo misho, trun-trun o guitarra, según el lugar, tenía como eje de la trama a una extraña máquina que simulaba falsificar dinero. Estos guiones para estafar tuvieron una notable presencia en el espacio atlántico sudamericano, desde Buenos Aires y Montevideo hasta las principales ciudades brasileras. También siguieron otras rutas: atravesaron los Andes entrando en el mundo de los ladrones chilenos y sus ramificaciones se constatan, a lo largo del siglo xx, desde Perú y Colombia hasta México y Puerto Rico. Toda una trama de circulaciones transnacionales, viajes de personas y de palabras impresas, que dejó huellas profundas en el lenguaje y en la cultura urbana de América Latina.

### *El cuento del paco o “paquete chileno”*

Registraba en su “vocabulario lunfardo” el comisario argentino Luis Villamayor: “Paco. Pequeño envoltorio o paquete que aparenta contener mucha cantidad de dinero. Se hace con papeles y se recubre con billetes (papel moneda). Es con lo que ‘operan’ los profesionales del delito categoría ‘cuenteros’. El ‘paco’ bien hecho, por todos sus costados es acordonado (menos la parte superior e inferior), de manera que con dos billetes pueden hacerse quince dobleces, lo que aparenta y hace creer a la futura víctima que es un paquete de mil quinientos pesos”. Anotaba, en la misma época, el entonces funcionario de la policía carioca Elysio de Carvalho: “Paco. Envoltorio de papeles inservibles, simulando paquetes de dinero, del que se sirven los *gatunos* para pasar el *conto do vigário*”. Por su parte, en el diccionario de coa, el chileno Julio Vicuña Cifuentes definía al cuento del tío como un “artificio para robar, que consiste en obtener dinero de alguna persona dándole en garantía un paquete cerrado que el estafador dice contener joyas o dinero”<sup>63</sup>. Es decir, que en Chile la actividad de los cuenteros se asociaba a lo que en el universo del lunfardo rioplatense se conocía como el cuento del *paco*.

<sup>60</sup> “Truffe scandalose”, in *Il Bersagliere*, Rio de Janeiro, 15 de junho de 1906, p. 2.

<sup>61</sup> “Sextario”, in *O Rio Nu*, anno III, Nº 193, Rio de Janeiro, 12 de maio de 1900, p. 2.

<sup>62</sup> “Provincial Notes”, in *The Rio News*, Rio de Janeiro, 5 de julho de 1892, p. 4.

<sup>63</sup> Villamayor, *El lenguaje el bajo...*, op. cit., p. 104. Carvalho, *Gíria dos Gatunos...*, op. cit., p. 35. Vicuña Cifuentes, op. cit., p. 76.

FIGURA 3

*Pacos secuestrados por la policía de Buenos Aires*

Fuente: Museo Policial de la Policía Federal Argentina, Buenos Aires [fotografía del autor].

A comienzos del siglo xx, los policías de Uruguay, Brasil y Argentina habían escrito mucho sobre ese afán de lucro y consumo desmedido que iba de la mano con la proliferación de ladrones *gentleman*, individuos que tomaban atajos delictivos para alcanzar fines compartidos por toda la sociedad burguesa. Los países elegidos por los inmigrantes europeos para “hacer la América”, esos destinos promisorios donde tantas personas buscaban una forma de progreso económico, eran señalados como la meca de los cuenteros del tío. Pero fuera del espacio atlántico los estafadores también se hicieron presentes. Era el caso del Chile de fin de siglo xix, donde la posibilidad de lucro fácil dio lugar a nuevas prácticas delictivas y representaciones del delincuente en las que la astucia predominaba cada vez más sobre el uso de la violencia<sup>64</sup>.

Mientras el folleto de Elysis de Carvalho indicaba los términos que provenían del “argot de los lunfardos argentinos”, el diccionario de Julio Vicuña especificaba, al final de cada definición y entre paréntesis, la región de Chile en la que se empleaba cada una de las voces jergales (Norte, Centro y Sur). Tanto “cuento del tío” como “paquetero” eran usadas en las tres regiones del país, en cambio, otras aparecían en regiones específicas. Por ejemplo, en la zona central –donde estaban las ciudades de Santiago y Valparaíso– también se usaba ‘timo’ como sinónimo de cuento del tío. Según Julio Vicuña, esta era una voz “injerida en la coa por inmigrantes españoles y popularizada por las piezas teatrales de género chico”<sup>65</sup>.

<sup>64</sup> Palma Alvarado, *op. cit.*, pp. 88-92.

<sup>65</sup> Vicuña Cifuentes, *op. cit.*, p. 120.

Al igual que en el Río de la Plata, donde el cuento del tío tuvo un lugar importante en el teatro popular a través de obras como “Moneda Falsa” (1907) de Florencio Sánchez y el sainete “Filo Misho” (1928)<sup>66</sup>, también hay indicios de la presencia del cuentero en la escena teatral chilena: una de las piezas más conocidas fue “Cuento del tío” (1904) del dramaturgo Juan Rafael Allende. Se trataba de una historia en la que dos personajes, Inocencio y Paciente, trataban de acceder a una entrevista con un ministro en el palacio de La Moneda. Ninguno lograba siquiera ser atendido por el portero, último eslabón de la cadena burocrática, quien los rechazaba una y otra vez diciendo que estaba muy ocupado, hasta que Inocencio decidió entregarle una tarjeta junto con un billete de propina. Mientras guardaba el billete en el bolsillo el portero aclaró “ahora sí que le entiendo lo que me dice” e Inocencio respondió: “es que soy de Calbuco y conozco muy poco el idioma de Santiago”. Sin embargo, no era tan fácil llegar hasta el Ministro, había que pasar por varios otros burócratas. “¿Y todos esos caballeros hablan el mismo idioma que habla usted?”, preguntó Inocencio y recibió una respuesta taxativa del portero: “sí, señor, aquí todos hablamos en plata”<sup>67</sup>. El dinero y la codicia, idioma de la gran ciudad.

Cuando Inocencio fue al Banco de Chile a buscar dos mil pesos de una hipoteca se encontró con un cuentero. Le dijo que acababa de morir un tío y había recibido cinco mil pesos de la herencia, suma que debía depositar en el banco, junto con otro dinero que había olvidado en el hotel. Le pidió, entonces, que guardara el dinero, diciendo que confiaba en su apariencia provinciana, pero que prefería llevar algún objeto de valor como garantía. Inocencio le dio su cartera con el dinero recién cobrado, el reloj y la cadena. Luego de esperarlo un tiempo, Inocencio decidió volver al Ministerio y de a poco fue urdiendo el pensamiento de quedarse con los cinco mil. Paciente se convirtió en el cómplice de esa decisión: “usted sabe –le dijo– que los santiaguinos se vanaglorian de ser los eternos desplumadores de los provincianos y no estaría de más que alguna vez siquiera un provinciano desplumara a un santiaguino”<sup>68</sup>.

El desenlace repetía la historia del *paco*: Inocencio abre el paquete para pagar propinas a todos los burócratas, desde el portero hasta el Ministro, y conseguir lo que buscaba: una beca de estudios en la Escuela Normal para su hija y un empleo público para su hijo. Al abrirlo, se encuentra con “paquetitos de pedazos de diarios, liados como si fueran billetes de Banco”. Después del nefasto descubrimiento y de un rapto de locura del otario, la obra se cerraba con todos los personajes cantando unas estrofas:

“La fortuna de aquel tío/ Convertida en humo y viento / Por un pillo de harto brío / Es el único alimento / Del estómago hoy vacío. / Ya en invierno, ya en estío / Hace el hambre tal es-

<sup>66</sup> Florencio Sánchez, “Moneda falsa”, en *El teatro del uruguayo Florencio Sánchez*, Valencia, Editorial Cervantes, 1920, pp. 135-167. Por su parte, “Filo Misho” fue el título de un sainete en tres cuadros escrito por Martinelli Massa e Ismael Aguilar; presentado en el teatro Buenos Aires por la compañía de Enrique Muiño y estrenado el 10 de agosto de 1928. El texto de la obra está reproducido en la revista *La Escena*, año xi, N° 538, Buenos Aires, 18 de octubre de 1928.

<sup>67</sup> Juan Rafael Allende, *El cuento del tío: juguete cómico en prosa y en un acto*, Santiago de Chile, Imp. León V. Caldera, 1904, pp. 11-12.

<sup>68</sup> *Op. cit.*, p. 31.

trago / Que, con loco desvarío / Todos gritan ¿tío que hago? / ¿Qué hago tío? ¿Qué hago tío?  
 / Y este pueblo, antes bravío / Y hoy mansito como oveja / Con mucha hambre y mucho frío /  
 De gritar ni un poco deja: / tío, tío, tío, tío / Y él le dice: ¡No hay Dios mío! / Otro pan como  
 alimento / Que mi cuento, que el hastío / Mata, y mata el sufrimiento / ¡Viva el cuento de mi  
 tío!”<sup>69</sup>.

Y caía el telón. En Chile, el cuento del tío estaba estrechamente ligado al guión del paquete y lo estuvo a lo largo de toda la primera mitad del siglo xx. “La vida es un *atrape-nigaud*, un engaña-bobos”, escribía en 1950 Alfonso Calderón en su *Diario de Valparaíso*. “He puesto esta expresión –aclara– para dejar constancia de que es necesario evitar las artimañas de los tipos listos y no dejarse, como le ha ocurrido a alguien, vender la Quinta Normal, los tranvías de Santiago o los bancos de la Plaza de Armas, sin contar el *bagayo*, el paquete ‘chileno’ o el *balurdo*”<sup>70</sup>. De hecho, el cuento del paco era conocido en la región andina, de Chile a Colombia, también como el “balurdo” y “paquete chileno”.

En 1924, el comisario Ventura Maturana, de la policía de Santiago de Chile, explicaba que el cuento del tío propiamente dicho lo practicaban los “afanadores valiéndose de un balurdo”, o sea, del falso paquete de dinero. En el libro del comisario, la trama del cuento, centrada en el dinero del legado del tío, era casi idéntica a la construida dos décadas antes por el dramaturgo Juan Rafael Allende. Ventura Maturana agregaba que una noche tuvo la ocasión de ver trabajar a un cuentero que estaba sentado en un banco de la Alameda, en una parte poco iluminada. Cuando vio venir a un empleado de una sastrería que traía ropas entre sus brazos, el cuentero se puso de pie, encendió un fósforo y comenzó a buscar algo en el suelo. Ante la curiosidad del otario, el estafador le dice que perdió un paquetito con más de dos mil pesos que había hallado a la salida de La Bolsa, y que si lo ayudaba a encontrarlo le daba la mitad del dinero. El muchacho encuentra rápidamente el balurdo, dejado a propósito en la raíz de un árbol. Entonces el cuentero le propone repartir el dinero en el parque, adonde cada uno debía ir por separado. El otario podía llevar el paquete, pero debía dejarle al cuentero, por seguridad, la prenda que llevaba a la sastrería. El cuento no fue consumado a la perfección tan solo porque poco después de separarse ambos fueron detenidos por la policía<sup>71</sup>.

En Colombia, la expresión ‘balurdo’ aparecía en un texto sobre el caló bogotano publicado en 1950 por el lingüista alemán Max Leopold Wagner, en el que elaboraba un diccionario a partir de dos fuentes principales. En primer lugar, un inventario de palabras del argot de los “hampones bogotanos”, que extrajo de las instrucciones prácticas para agentes policiales preparadas por Juan de J. García Silva, oficial de la Policía Nacional. En segundo lugar, una lista de términos de la “jerga de los hampones internacionales de habla hispana”, elaborada por Roberto Ordóñez Peralta, director de la Penitenciaría Central de Bogotá, y publicada en el diario *El Espectador* en 1938. Destacaba la fuerte presencia de términos usados por ladrones de América del Sur, los que “con más

<sup>69</sup> Allende, *op. cit.*, p. 31.

<sup>70</sup> Alfonso Calderón, *Diario de Valparaíso*, Santiago, RIL Editores, 2012, p. 72.

<sup>71</sup> Ventura Maturana, *Las investigaciones del delito*, Santiago, Imprenta Fiscal de la Penitenciaría de Santiago, 1924, pp. 153-154.

lamentable frecuencia” llegaban presos a la Penitenciaría. “La mayoría de estas palabras –agregaba– son de origen argentino” y, aunque en cada ciudad lenguaje de los ladrones tenía singularidades locales, a comienzos del siglo xx los delincuentes colombianos “a fuerza de relacionarse con apaches franceses, argentinos y chilenos”, usaban con frecuencia el vocabulario del argot delictivo internacional<sup>72</sup>.

Ese era el caso de la voz ‘balurdo’, definida por Roberto Ordóñez Peralta como un “paquete sin valor que, no obstante, aparenta mucho dinero”. En Colombia se usaba además la palabra ‘grupo’ para referirse al “individuo que trabaja con el *paquete chileno*”<sup>73</sup>. En una nueva atribución de nacionalidad a una práctica eminentemente transnacional, “paquete chileno” se había convertido en sinónimo de cuento del tío, no solo en Colombia sino, también, en Venezuela y algunos países del Caribe. Según el historiador Jorge Mario Betancur, el “paquete chileno” se popularizó en Medellín alrededor de la década de 1920. Las víctimas de estas estafas –que con frecuencia aparecían en el diario local *La Defensa*– eran agricultores y pequeños comerciantes que todos los días llegaban a la ciudad en tren. Los (falsos) fajos de billetes se vendían por la mitad o menos de su valor nominal y, como en el Río de la Plata, Chile y Brasil, solían ser rellenos con papel de diario. Esta estafa callejera llegó a ser tan común en la región que en abril de 1925 se produjo un curioso caso de choque entre paqueteros. En la estación central del *Ferrocarril de Amagá*, dos estafadores escogieron a su víctima entre los pasajeros que llegaban en el tren de la tarde. El elegido parecía ser un campesino, vestido de ruana y sombrero, quien prometía seguir viaje en otro tren hacia el suroeste antioqueño. En la rapidez de la transacción fugaz, los paqueteros entregaron una maleta con hipotéticos mil pesos y recibieron a cambio una mochila en la que encontrarían los quinientos pesos del trato. Al alejarse el presunto otario, los estafadores hallaron en la mochila un ramillete de papel y algunas piedras. Más tarde, se toparon con el falso campesino tomando unas copas con un cómplice conocido en una cantina. Todos, al fin y al cabo, eran paqueteros<sup>74</sup>.

Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Colombia: testimonio de la notable circulación de estas estafas en América Latina, el cuento del *paco* se hace presente en otros países, dando lugar, incluso, a aquella denominación diferente de la de cuenteros y vigaristas: el “paquetero”. La palabra consta en diccionarios de habla popular de países de América Central y el Caribe. En un glosario puertorriqueño, el paquetero es definido como un embaucador, “persona que dice paquetes, mentiras, cosas inverosímiles”<sup>75</sup>. Mientras que

<sup>72</sup> En Wagner, *op. cit.*, pp. 183-184.

<sup>73</sup> *Op. cit.*, pp. 189 y 200. Al igual que en los diccionarios rioplatenses, Roberto Ordóñez Peralta también definía al ‘filo’ como un sujeto, el “ladrón que hace el cuento”, “el que *afila*”. Pero junto con los hilos que conectaban al caló bogotano con el lunfardo rioplatense aparecían aquí otros que ataban a Colombia con México, Guatemala y Cuba. Por ejemplo, ‘changui’, o ‘changüi’, que era otra forma de referirse al “cuento, engaño, embuste, mentira de la que se saca buen provecho”. *Op. cit.*, p. 194.

<sup>74</sup> Jorge Mario Betancur, *Moscas de todos los colores. Barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934*, Medellín, Ed. Universidad de Antioquia, 2006, pp. 139-140. También en la década de 1920 hay evidencias de estafas cometidas con el “paquete chileno” en otras ciudades colombianas como, por ejemplo, Cali: Andrés Felipe Castañeda Morales, *Encantos y peligros de la ciudad nocturna: Cali 1910-1930*, Cali, Universidad del Valle, 2015, p. 110.

<sup>75</sup> María Vaquero y Amparo Morales, *Tesoro lexicográfico del español de Puerto Rico*, San Juan, Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, 2005, p. 578.

un diccionario de Costa Rica agrega un conjunto de expresiones dentro del mismo campo semántico: el verbo ‘paquetear’, por ejemplo, es usado como sinónimo de ‘engañar’ o ‘embaucar’, pero también para hacer referencia al acto de vestirse con elegancia. “Ser un paquete” o “ser puro paquete” significa ser mera apariencia, aparentar algo que no se es, simular una falsa elegancia o fingir pertenencia a una clase social. Es el rastacuero, el advenedizo, lo que en Chile se conoce como “siútico”<sup>76</sup>. Y muchos especulan que todo esto viene de la estafa del paco. “Dar el paquetazo”, se explica, es obtener dinero por medio del “timo del paquete”, o sea, el “ardid con que algunos pillos engañan a personas ingenuas para robarles dinero a cambio de un lío de billetes falsos o fingidos”<sup>77</sup>.

La ingenuidad de esas víctimas, como se verá en el cuento del filo misho, era a menudo cuestionada por los cronistas policiales y los propios policías. En un texto sobre el folclore de Venezuela, Arturo Ochoa Benítez anotaba que el “paquete chileno” era el ejemplo más fehaciente del “mal uso de la viveza criolla” y del carácter esencialmente ingenuo del pueblo venezolano: “todas las personas estafadas mediante la técnica del paquete chileno siempre creen que están cometiendo una viveza”<sup>78</sup>. A la par del dilema entre la ingenuidad o la culpabilidad del otario, otra controversia se configuraba y reconfiguraba en torno a supuestos orígenes nacionales de esta estafa. Si para el colombiano Roberto Cárdenas Ulloa el paquete chileno recibía esa denominación porque era una invención procedente de Chile, para el venezolano Erasmo Gómez “la figura delictiva conocida entre nosotros como ‘el paquete chileno’, de chileno no tiene nada, es colombiana”<sup>79</sup>.

Esa búsqueda de orígenes era motivo de polémicas que atravesaban fronteras nacionales. En la década de 1920, mientras algún venezolano le atribuía su génesis a Colombia, y algún colombiano a Chile, un diario de Valparaíso reaccionaba con sorna ante una crónica policial bogotana:

“A pesar de su popularidad, hasta hoy nada sabíamos sobre el origen del cuento del tío, pero he aquí que un diario colombiano nos viene a sacar de dudas. Según ese colega, corresponde a los chilenos el honor de tan sabrosa como ya desacreditada invención. Cuenta en efecto que dos pillastres le birlaron a un comerciante de Bogotá la bonita suma de \$1.500 oro, por medio del conocido paquete de papeles ordinarios que se arreglan con apariencia de billetes. [...] Pero –dice el diario en referencia– [...] era sencillamente lo que los profesionales en el crimen llaman ‘paquete chileno’, o sea, un paquete de papel recortado al tamaño de un billete de Ban-

<sup>76</sup> David Parker, “Siúticos, huachafos, cursis, arribistas and gente de medio pelo: Social climbers and the representation of class in Chile and Peru, 1860-1930”, en Ricardo López y Barbara Weinstein (eds.), *The Making of the Middle Class. Toward a Transnational History*, Durham/London, Duke University Press, 2012, pp. 335-354.

<sup>77</sup> Arturo Agüero Chávez, *Diccionario de costarriqueñismos*, San José, Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, 1996, p. 244.

<sup>78</sup> Arturo E. Ochoa Benítez, *El comportamiento folklórico del venezolano*, Caracas, Panapo, 1988, pp. 59 y 111.

<sup>79</sup> Roberto Cárdenas Ulloa, *Crudo idioma del delito*, Bogotá, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Central de Colombia, 1973, p. 80 y Erasmo M. Gómez, *Historia estructural contemporánea de Venezuela*, Caracas, Lies, 1974, p. 216.

co con una cédula de \$100 de cada lado. ¿Con que el ‘paquete chileno’? ¡Qué honor para la familia!”<sup>80</sup>.

Aunque en este caso no queda claro si los sujetos que pasaron el cuento del paco en Bogotá eran chilenos, es probable que estas etiquetas fueran un espejo invertido de las circulaciones de los estafadores: tentativa de fijar en contornos nacionales una práctica delictiva que desbordaba fronteras y exponía sus porosidades. Los préstamos léxicos entre el lunfardo rioplatense y la gíria brasilera, dentro del campo semántico del cuento del tío, tenían por detrás todo un tejido de viajes concretos de estafadores que llevaban los guiones de una ciudad a otra, de Buenos Aires y Montevideo a Porto Alegre, San Pablo, Rio de Janeiro y Recife. Por otras rutas, el mundo del “paquete chileno” (irreductible –es verdad– al país que tuvo la dicha o desdicha de proporcionarle su nombre), estaba habitado por desplazamientos análogos.

Tres casos cronológicamente próximos son indicativos de esos movimientos territoriales en el espacio andino. En 1909, los lectores del diario *El Comercio* de Lima se enteraban que Carlos Magno Lingan, mayordomo de confianza de una poderosa familia del Perú, fue víctima de un cuento del tío al salir del Banco Alemán, donde acababa de cobrar un cheque de setenta libras. Dos desconocidos se le acercaron y “después de referirle el cuentito aquel, le birlaron las relucientes amarillas, dejándole a cambio un paquete que contenía centavos y tierra”. La policía logró capturar en el Callao al estafador, que era un “antiguo ladrón” chileno llamado Doraliso Sosa. Otros dos embusteros chilenos fueron detenidos por la policía peruana, dos años más tarde, por haber estafado “con el famoso cuento del tío, a un individuo que había llegado de la sierra”. Por último, en días diferentes de 1912, Luisa Vázquez y María Rodrigo fueron estafadas por el mismo sujeto: “por la filiación que ambas dieron a la Comisaría de Investigaciones, pudo saberse que el autor de esos timos era el chileno Agustín Benavides (a) Cata”<sup>81</sup>. Estos tres casos indican la existencia de una vasta red de conexiones: de Argentina a Chile, los cuenteros cruzaron la cordillera en numerosas ocasiones y, a través los Andes, anduvieron recorriendo ciudades con sus performances de ilusión de ganancia fácil.

### *El cuento del filo misho o la guitarra*

“La evidencia más persuasiva de la circulación internacional de pillos –escribe la historiadora Lila Caimari– no proviene de los discretos punguistas, sino de los más expansivos cuenteros del tío, que van y vienen, de ciudad en ciudad, trabando conversación falsamente casual con otarios”<sup>82</sup>. Tal vez la más quimérica y sofisticada de todas esas conversaciones sea el cuento del filo misho, también conocido en el Río de la Plata y en Brasil con los nombres de trun-trun, guitarra y vento misho. Para explicarlo es importante acudir, una vez más, a los diccionarios de argot.

<sup>80</sup> “Origen chileno...”, *La Estrella*, Valparaíso, 27 de junio de 1922, p. 5.

<sup>81</sup> “El cuento del tío: 70 libras evaporadas”, en *El Comercio*, Lima, 20 de octubre de 1909, p. 3; “El cuento del tío”, en *El Comercio*, Lima, 22 de marzo de 1911, p. 2; “El cuento del tío”, en *El Comercio*, Lima, 26 de enero de 1912, p. 3.

<sup>82</sup> Caimari, *La ciudad y el crimen...*, op. cit., p. 73.

Todos los repertorios de voces del argot delictivo sudamericano definen a ‘misho’ de la misma manera: pobre, individuo que no tiene dinero; mientras que ‘vento’ y ‘guitarra’ eran dos de los tantos términos que hacían alusión al dinero. Por su parte, siguiendo la versión de Antonio Dellepiane, en el lunfardo rioplatense ‘filo’ era el ladrón que hacía “el cuento en el trabajo del otario” y ‘filar’ era “relatar una historia fingida para obtener algo de una persona, engañándola”. Elysio de Carvalho incluía la expresión “filar un otario” como el acto de preparar una víctima para el conto do vigário. Hasta aquí, poca novedad. Pero en la definición de ‘guitarra’ Antonio Dellepiane agregaba un dato importante: “aparato o máquina en que se hace ver que hay monedas”<sup>83</sup>.

De eso se trataba este cuento: de una falsa máquina de falsificar monedas. Manuel Barrés brindaba una especulación sobre su etimología: “dar un filo” significaría “herir por los mismos filos, valerse de las mismas razones del otro para herirle”<sup>84</sup>. Los diferentes guiones del cuento del tío tenían, como común denominador, el objetivo de despertar la sed de lucro en el otario. Toda la dramaturgia de las estafas buscaba, por un lado, construir un lazo de confianza con la víctima y, por el otro, convencerla que tenía entre sus manos un eximio negocio para obtener dinero fácil. La literatura latinoamericana venía denunciando, con mucha vehemencia, el carácter tenue de los límites que separaban al mundo de la ilegalidad del mundo del dinero “sucio” (producto de la especulación financiera e inmobiliaria, los intereses de empréstitos, los juegos de azar), en particular después de la crisis de 1890<sup>85</sup>. El filo misho mostraba, como práctica delictiva y metáfora literaria, la facilidad con que se pasaba de un mundo al otro, de la especulación monetaria al crimen.

¿En qué sentido el filomishero se valía de las “mismas razones” de su víctima para herirle? En este cuento, el otario aceptaba formar parte de una supuesta banda que fabricaba dinero, para luego hacerse con parte del botín. A mediados de la década de 1930, cuando Manuel Barrés narraba el cuento del filo misho, esta estafa ya tenía más de medio siglo de existencia en Buenos Aires. Benigno Lugones la incluía en uno de sus folletines de 1879, bajo el nombre de guitarra. “En la mayor parte de las estafas”, explicaba el folletinista, “el ladrón conmueve profundamente el ánimo del otario excitando la fibra más sensible de la organización humana: la codicia, la sed del oro”. En el caso de la guitarra, “el estafador urde una trama tal que el estafado no puede reclamar contra él, porque se vería envuelto en un proceso criminal”<sup>86</sup>. En su relato de la trama del cuento, Manuel Barrés enfatizaba mucho esa dimensión de la culpabilidad del otario:

“El falsificador o sus cómplices, cuando los hay, llevan a la víctima, a la que primeramente le vendan los ojos, a un sótano o buhardilla, donde le enseñan la máquina. Esta es, por lo

<sup>83</sup> Dellepiane, *op. cit.*, pp. 75 y 78. Carvalho, *Gíria dos Gatunos...*, *op. cit.*, p. 23.

<sup>84</sup> Barrés, *op. cit.*, p. 139

<sup>85</sup> Renata Mautner Wasserman, “Financial Fictions: Émile Zola’s, ‘L’Argent’, Frank Norris’ ‘The Pit’, and Alfredo de Taunay’s ‘O Encilhamento’”, in *Comparative Literature Studies*, vol. 38, Nº 3, Pennsylvania, Penn State University Press, 2001. Alejandra Laera, *Ficciones del dinero. Argentina 1890-2001*, Buenos Aires, FCE, 2014, pp. 84-108. Sobre las distinciones sociales y morales entre formas limpias y sucias de dinero: Viviana Zelizer, *El significado social del dinero*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006. .

<sup>86</sup> Lugones, *op. cit.*, pp. 121 y 124.

general, una caja cuadrada, tipo caja de hierro, herméticamente cerrada; suele tener dos o tres ruedas semejantes a la dirección de autos y algún barómetro colocado al exterior, todo lo que demuestra una rara estructura. Si se enchufa una ficha en ella con el tomacorriente eléctrico, funciona haciendo un ruido ensordecedor. Luego, si se hace el experimento, se vierte en la máquina un líquido o bien se colocan trozos de papel, de tamaño semejante al que se quiere imitar, y en seguida sale por otra abertura, si es líquido, una moneda aún caliente, y si son billetes, uno perfectamente nuevo y algo mojado, que da la impresión de estar aún con la tinta fresca. En ambos casos se echa mano de una moneda nueva o de un billete de reciente impresión. Para despertar en la víctima mayor fe, se le entrega ya sea un billete o una moneda recién fabricada y lo acompañan para que lo canjee, a cuyo efecto se le indica que debe hacerlo en una casa de cambio, donde es aceptado sin objeción alguna, pues se trata de billetes o monedas auténticas que, como se infiere, ya estaban colocadas en la máquina<sup>87</sup>.

Benigno Lugones y Manuel Barrés coincidían en señalar que por el carácter hipnótico de este cuento muchos capitalistas vaciaron sus cuentas bancarias, vendieron casas y estancias para invertir en la falsa máquina de falsificar dinero. Cincuenta y cinco años separaban los relatos de ambos escritores: era un milagro que un cuento tan extravagante siguiera teniendo eficacia en una misma ciudad, Buenos Aires. Dos hipótesis, no necesariamente excluyentes, podrían elaborarse al respecto. Una, que el otario fuera elegido entre “recién llegados” a la cultura metropolitana, con poco acceso a las crónicas policiales de los diarios y, sobre todo, a las obras de teatro y al cancionero urbano que hacían del filo misho objeto de atención y de parodia<sup>88</sup>. La otra lectura posible apunta a la propia eficacia de este cuento como metáfora del carácter corruptor de la metrópolis y de su frenética circulación monetaria, del afán de lucro, las ambiciones desmedidas y el arribismo; temas de gran peso en la literatura de la *Belle Époque*. De acuerdo con esta segunda hipótesis, el filo misho persistiría en la cultura escrita y en la escena teatral argentina, aun cuando la práctica delictiva se había tornado infrecuente.

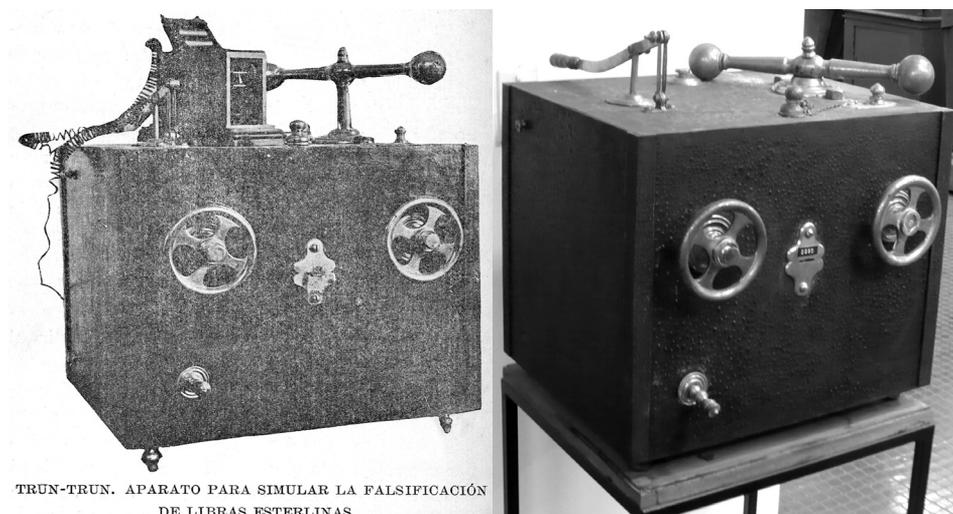
De todos modos, es difícil determinar si el incremento de su fama afectó la eficacia y la recurrencia del cuento. En el libro *La mala vida en Buenos Aires* (1908), Eusebio Gómez narra al filo misho como si se tratara de una estafa perimida. “El cuento de la *guitarrita* y el *trun-trun* fueron célebres”, escribía el criminólogo y agregaba, siempre en tiempo pasado: “se trataba de una máquina para fabricar, con ciertos ingredientes de escaso valor, monedas de oro, legítimas, que le eran facilitadas al candidato para que se cerciorara de esa legitimidad”<sup>89</sup>. En el mismo libro, reproducía una fotografía de esta máquina; tal vez el mismo aparato que hoy se exhibe en una sala del Museo Policial de Buenos Aires.

<sup>87</sup> Barrés, *op. cit.*, pp. 140-141

<sup>88</sup> En colección de folletos de Robert Lehmann-Nitsche, que se encuentra en la biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín, aparecen numerosas coplas y cantos populares dedicados al cuento del tío y al filo misho. Por ejemplo: Cientofante, *Los verdaderos cuentos del tío*, Buenos Aires, Casa Editora de Salvador Matera, 1901 y Ramón Aguirre (El Matrero), *El cuento del tío: el cuentero engañando al otario*, Rosario de Santa Fe, c. 1912. .

<sup>89</sup> Eusebio Gómez, *La mala vida en Buenos Aires*, Buenos Aires, Juan Roldán, 1908, pp. 95-96.

FIGURA 4  
*Trun-trun o filo misho*



TRUN-TRUN. APARATO PARA SIMULAR LA FALSIFICACIÓN DE LIBRAS ESTERLINAS

Fuente: Gómez, *op. cit.*, p. 96 (izq.) / Museo Policial de la Policía Federal Argentina, Buenos Aires (der.) [fotografía del autor].

El principal obstáculo para indagar si este cuento era, a comienzos del siglo xx, una cosa del pasado o si los cuenteros lograron reactivarlo en diversas circunstancias a lo largo de décadas, es la escasa visibilidad que demuestra en relación con otros guiones de cuentos del tío. Y esa opacidad tiene una explicación relativamente clara: los otarios, al saberse culpables de una tentativa de delito grave (falsificación de moneda), no solían denunciar el hecho a la policía. Sin embargo, a contramano de la lectura de Eusebio Gómez, otros textos aportan indicios sobre la supervivencia del filo misho en las primeras décadas del siglo xx.

En primer lugar, un detalle en el relato de Manuel Barrés: aunque la descripción de la máquina era muy similar a la de Benigno Lugones, se mencionaba en su estructura mecánica una ficha para enchufarla en el “tomacorriente eléctrico”. Si se considera que los primeros ensayos de electricidad para la iluminación pública en Buenos Aires datan de 1882 y que el uso de artefactos eléctricos en las casas se generaliza mucho después<sup>90</sup>, la guitarra a la que se refería Benigno Lugones en 1879 no podía siquiera simular una conexión de ese tipo. Por lo tanto, estos cambios materiales en la máquina del filo misho sugieren que atravesó los años pese a su publicidad en la prensa y en obras ficcionales.

En segundo lugar, una obra contemporánea al libro de Manuel Barrés muestra que en la década de 1930 la División de Investigaciones de la policía porteña seguía encontrándose con filomisheros en acción. Se trata de una *Historia de la Policía de la Capital Federal*

<sup>90</sup> Jorge Francisco Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 27 y 72-78.

(1935), que pese al nombre poco tenía de historia y mucho de actualidad institucional. En una sección sobre robos y estafas cometidos en los últimos años se contaba el caso de un comerciante de la ciudad de Rosario que hacía viajes de negocios a Buenos Aires. En uno de esos viajes conoció a dos sujetos, Álvarez y Aragón, que con el cuento de la guitarra le quitaron \$45.000: según el comisario de la Sección de Defraudaciones y Estafas, uno de los botines más fabulosos en la historia del cuento del tío. Todos los estafadores fueron detenidos. De acuerdo con el relato policial, formaban parte de “una banda de cuenteros con fama internacional y cuyas actividades eran conocidas por la policía de otros países del continente, que luego habían abandonado para dirigirse a la Argentina”<sup>91</sup>.

A diferencia del cuento del paco, cuya presencia es notoria en las crónicas policiales de la prensa, el filo misho consumado dejaba rastros más tenues. Pero esa opacidad contrasta con su encanto como drama urbano, que le valió un lugar en la nutrida cartelera teatral de Buenos Aires y en la obra de autores populares como Roberto Arlt. En su cuento “Las fieras”, el narrador escribe que cuando Angelito, ladrón protagonista de la historia, estaba bien de salud y no se encontraba preso, desaparecía de la ciudad en compañía de un tal Japonés, con quien recorría el interior “explotando el cuento del *filo misho* y otros ardidés más o menos sutiles”<sup>92</sup>. De nuevo, como en el caso del comerciante rosarino, los estafadores recorrían diversas ciudades con el trun-trun a cuestas.

Poco después de publicar este cuento, Roberto Arlt fue enviado por el director del diario *El Mundo* a Rio de Janeiro, previo paso por Montevideo. Era su primer viaje internacional. En dos de las “aguafuertes cariocas” que escribió en la capital brasilera mencionaba a los cuenteros, ambas veces para marcar que en Brasil no existían. En la primera se quejaba sobre la tranquilidad y la parsimonia de Rio, porque decía no encontrar temas para sus crónicas: “aquí no hay ladrones, no hay cuenteros, no hay estafadores”. En la siguiente volvía sobre la misma observación de la falta de sucesos policiales y agregaba: “el magnífico y siempre nuevo cuento del billete de lotería, del legado del difunto, de la herencia del tío; el ardid de la quiebra fraudulenta, la sutileza del *vento misho*, de la máquina de falsificar plata, no tienen en Río cultores ni profesores ni académicos”<sup>93</sup>. Roberto Arlt escribía estos textos en la sala de redacción del diario *O Jornal*, que publicaba cotidianamente casos de conto do vigário con los mismos guiones que los argentinos, incluyendo al trun-trun o guitarra. Es probable entonces que supiera que estaba equivocado y que la queja no pasara de un artificio narrativo.

En las primeras décadas del siglo xx, el conto da guitarra y los guitarristas se habían hecho conocidos en las principales metrópolis brasileras. Según Evaristo de Moraes, los otarios que caían en este cuento perdían “todo sentido crítico, toda capacidad de raciocinio, arrastrados por la ambición, por la pasión del dinero”. En 1921, un diario de la ciudad de San Paulo contaba que, en el barrio de Boa Vista, la compañía teatral Arruda

<sup>91</sup> Rafael Montenegro, “Uno de los más sensacionales cuentos del tío realizados”, en *Historia de la Policía de la Capital Federal*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Juan F. Tudori, 1935, pp. 195-196.

<sup>92</sup> Roberto Arlt, “Las fieras” (1928), en Roberto Arlt, *El jorobadito y otros cuentos*, Córdoba, Ediciones del Sur, 2003, p. 38.

<sup>93</sup> Roberto Arlt, “Rio de Janeiro en día domingo (22 de abril de 1930)” y “¡Qué lindo país! (26 de abril de 1930)”, en Roberto Arlt, *Aguafuertes cariocas. Crónicas inéditas desde Río de Janeiro*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2013, pp. 85 y 98.

había presentado una burleta-revista escrita por Carlos Bittencourt y Cardoso de Menezes, que bajo el título “250 contos” trataba sobre el ya “célebre” cuento de la guitarra<sup>94</sup>.

Pero no solo por Brasil se propagó el filo misho. En su libro de 1924, el policía chileno Ventura Maturana narra una versión conocida como “cuento de la multiplicación de billetes”. Como en Brasil y en Argentina, el relato del comisario destacaba la “moralidad sospechosa” de la víctima, siempre arrastrada por el deseo de lucrar a cualquier costo. Había en Chile, según Ventura Maturana, notables ejemplares de estos “hábilis prestidigitadores” que eran los filomisheros<sup>95</sup>. A mediados del siglo xx, en la capital de Uruguay, la guitarra era narrada como el cuento del vento misho. La trama de la historia era idéntica e idéntico era el énfasis en la culpabilidad del otario. “Hay entre nosotros verdaderos ‘artistas’ para realizar el cuento de la maquineta de hacer billetes”, aseguraba el cronista montevideano; cuento que había causado “víctimas entre gente de toda clase social”, afectados por la fiebre de la codicia, quienes después se veían en la imposibilidad de “denunciar que querían falsificar billetes”<sup>96</sup>.

Esta falsa máquina falsificadora llegó todavía más lejos. Hacia 1914, en Colombia existía una versión del filo misho conocida como troquelazo, cuyas víctimas eran “en su mayoría campesinos llegados de pueblos de la región” arribados a Medellín con el “deseo de fabulosas ganancias”. En la jerga de policías y ladrones colombianos, este cuentero era llamado arrastrador y su tarea consistía en conducir a la víctima hasta la falsa máquina fabricadora de monedas de oro (el troquel). Después de convencer al codicioso y de sacarle su dinero, irrumpían en escena los despistadores, “un par de hombres vestidos con uniforme de policía” que simulaban capturar a los cuenteros. El otario escapaba del brete sin un centavo, pero sintiéndose dichoso de haber huido de las garras de la justicia<sup>97</sup>. Buenos Aires, Montevideo, San Pablo, Rio de Janeiro, Medellín: escalas en los viajes de este cuento que donde echó amarras supo despertar una misma fascinación y una misma clave de lectura. El filo misho era una metáfora de la gran ciudad, convertida –como el trun-trun– en una máquina de simulaciones.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Cierto día de 1919 el poeta Fernando Pessoa anotaba, esta vez en prosa, que su país se había convertido en una “oligarquía de simuladores provincianos” y que “ya nadie engañaba a nadie en la tierra natal del *conto do vigário*”<sup>98</sup>. No sería esta la última vez que escribiera sobre la estafa, ni la única en que se refiriera en forma irónica a sus supuestos orígenes lusitanos. El diario *Sol* de Lisboa publicó en 1926 un breve cuento de Fernan-

<sup>94</sup> Evaristo de Morais, “Uma espécie criminal dos últimos tempos”, in *Correio da Manhã*, Rio de Janeiro, 8 de março de 1927, p. 4; “Theatros”, in *Correio Paulistano*, São Paulo, 12 de novembro de 1921, p. 5. Sobre la presencia de guitarristas en San Pablo durante las décadas de 1930 y 1940 véase Dias Junior, *op. cit.*, pp. 144-151.

<sup>95</sup> Ventura Maturana, *op. cit.*, pp. 158-160.

<sup>96</sup> “El cuento del tío tiene su principal aliado...”, *op. cit.*, p. 3.

<sup>97</sup> Betancur, *op. cit.*, pp. 137-138.

<sup>98</sup> Fernando Pessoa, “Álvaro de Campos, engenheiro naval e poeta futurista”, en Fernando Pessoa, *Páginas Íntimas e de Auto Interpretação*, Lisboa, Ática, 1966, p. 420

do Pessoa con el título “Un gran portugués”. En la trama, un labrador llamado Manuel Peres Vigário aceptó un negocio de “cierto fabricante ilegal de billetes falsos”, quien le ofrecía dinero falsificado de pésima calidad, pero a precio muy bajo. Manuel Vigário logró pasar los billetes a unos vendedores de ganado, después de emborracharlos lo suficiente para que no percibieran la burda imitación. Según el relato de Fernando Pessoa, los protagonistas de este caso no pudieron guardar el secreto y la historia, al desparramarse, “pasó abreviada a la inmortalidad cotidiana, olvidada ya de sus orígenes”. Aunque ese texto no mencionaba explícitamente a la estafa de los vigaristas, tres años más tarde fue reproducido por el periódico *Notícias Ilustrado* con un título diferente: “el origen del *conto do vigário*”<sup>99</sup>.

Fernando Pessoa escribió una larga carta al director del magazine, en la que cuestionaba el nuevo título y los fotograbados que, en particular, le parecían “una grave ofensa a la mentalidad cultísima e ilustradísima de los vigaristas”. No firmaba esa carta con su nombre. Se hacía pasar por un “vigarista de profesión” que llevaba veinte años sin hacer “otra cosa que *afanar otarios*”. Irónico, una vez más, el texto mostraba un gran conocimiento de la práctica delictiva y de las palabras que la rodeaban. El poeta describía a los cuenteros como sujetos que “saben trajear como dandis y presentarse como aristócratas”, y a sus víctimas como “gente de todas las clases sociales –médicos, labradores, abogados, sacerdotes y jueces”. Por eso cuestionaba que la ficción de Manuel Peres Vigário tuviera algo que ver con el *conto do vigário* (era, al fin y al cabo, una historia de fabricación y circulación de dinero falso) y menos aún que tuviera alguna relación con su “pretendido origen”. Cerraba la carta con una invitación al director a sumarse al gremio de los cuenteros: “consiga vuestra excelencia un *otario*”, “que sea *bacano* y tenga *grana*” (dinero), “*filelo* como alguien que se precie de ser un *vigarista*, yo entro de *grupo*, manejo el *paco* y está hecha nuestra independencia para el resto de la vida”<sup>100</sup>.

Fernando Pessoa conocía bien a esta singular estafa, jugaba con sus palabras y con los mitos sobre sus orígenes. En las expresiones “vol à l’américaine” y “truffa all’americana” se cifraban sospechas sobre las Américas como terreno minado de arribistas, vivarachos y embusteros. “Paquete chileno” arrastraba especulaciones sobre Santiago y Valparaíso como cuna del cuento del paco, idea presente en el Perú y en Colombia, aunque cierto venezolano cuestionara esa teoría, no para refutar la búsqueda de orígenes nacionales, sino para culpar a los colombianos por su invención. Pero todos los indicios sugieren que el cuento del paco existía en las ciudades rioplatenses al menos dos décadas antes de su irrupción en la región andina. Se explicó que su llegada a Buenos Aires fue datada, por Félix Lima, en la década de 1870 y que ese mismo escritor atribuía el fenómeno a inmigrantes genoveses, toscanos, lombardos y andaluces que lo “importaron” de Europa. En Brasil y en Estados Unidos todas las conjeturas apuntaban a España, de donde llegaban aquellas famosas cartas con promesas de herencias de tíos y vicarios.

<sup>99</sup> Fernando Pessoa, “Um grande português”, en *Sol*, ano 1, Nº. 1, Lisboa, 30 de outubro de 1926. Reproducido como “A origem do conto do vigário”, en *Notícias Ilustrado*, Nº. 62, Lisboa, 18 de agosto de 1929. .

<sup>100</sup> Fernando Pessoa, “Carta de um vigarista da linguagem”, en Fernando Pessoa, *Pessoa Inédito*, Lisboa, Livros Horizonte, 1993, pp. 245-246.

¿Y qué opinaban los españoles de todo esto? Quizá la respuesta explique esa frase de Fernando Pessoa sobre su país como “tierra natal” de la estafa, ya que en España era conocida como el “timo del portugués”. En un relato de viaje a la Argentina, un escritor de la revista madrileña *Vida Socialista* hacía esa interpretación. Tras su paso por Buenos Aires anotaba que en el Paseo de Julio, próximo al puerto, merodeaba “gente de mala calaña” a la “caza de infelices emigrantes”, a quienes engañaban con el cuento del tío, “que viene a ser algo parecido al timo del portugués”<sup>101</sup>. En ese momento, 1911, la prensa de Madrid llevaba casi dos décadas narrando esas estafas en sus crónicas policiales: en su gran mayoría se trataba de una versión del cuento del paco, en la que el estafador era un supuesto forastero portugués, aparentemente ingenuo; artimaña similar a la del “vol à l’américaine”, que llevaba ese nombre porque el cuentero era un angloparlante. Y si faltara alguna conjetura más en esta enmarañada trama de atribuciones de orígenes, una nota del diario portugués *O Século* apuntaba en 1919: “en España los portugueses pasaban por especialistas del *conto do vigário*, allí introducido por delincuentes lusitanos llegados del Brasil o de la Argentina: le llamaban el timo del portugués, como los franceses le llaman *vol à l’américaine*, visto que el proceso de robar de tal forma vino del Nuevo Mundo”<sup>102</sup>.

Así es posible llegar a la conclusión principal de este artículo. Esta desconcertante indagación de orígenes, en la que coexistían hipótesis incompatibles entre sí, revelaba que el problema no estaba en la respuesta sino en la pregunta. La búsqueda del origen —escribe el Michel Foucault lector de Friedrich Nietzsche— “se esfuerza por recoger allí la esencia exacta de la cosa”, su forma anterior a todo aquello que es accidental y caprichosamente histórico, en un gesto de “levantar las máscaras para desvelar finalmente una primera identidad”<sup>103</sup>. Ese esfuerzo era inútil: el cuento del tío no tenía ningún origen nacional. Solo puede entenderse examinando la compleja historia transnacional de desplazamientos de ladrones viajeros y la aún más compleja historia de la circulación de prácticas culturales y de palabras.

Hacia mediados del siglo xx los circuitos transnacionales de estas estafas habían dejado tal huella en el lenguaje urbano que los brasileros cantaban canciones sobre cuenteros y otarios olvidando, muchas veces, su relación con el *conto do vigário*. Sambistas fundamentales como Noel Rosa compusieron letras sobre el tema, al tiempo que el malandro devenía mito y antihéroe carioca de la mano de Wilson Batista, Silvio Caldas y Carmen Miranda. En Buenos Aires, los porteños bailaban tangos como “Se acabaron los otarios”, escrito en 1927 por Juan Andrés Caruso, mientras llenaban teatros para ver los sainetes del gran dramaturgo Alberto Vaccarezza, también autor de la letra del tango “Otario que andás penando” (1931).

<sup>101</sup> T. Álvarez Angulo, “Impresiones sobre la Argentina”, en *Vida Socialista*, N° 60, Madrid, 11 de febrero de 1911, p. 3.

<sup>102</sup> “Gatunos internacionais”, in *O Século*, Lisboa, 25 de abril de 1919. Citado en: José Maria Adrião, “Retalhos de um adagiário”, in *Revista Lusitana*, vol. 27, N° 1-4, Lisboa, 1928-1929, p. 233. Acerca del timo del portugués: “La hampa madrileña: prevenciones a los forasteros”, in *La Correspondencia de España*, Madrid, 16 maio de 1897, p. 1; Mariano de Cavia, “El Timo de Isidoro”, in *El Imparcial*, Madrid, 8 de mayo de 1901, p. 1. Sobre la figura del estafador anglosajón en el “vol à l’américaine” véase Reiss, *Manuel de Police...*, *op. cit.*, p. 287; Locard, *op. cit.*, p. 151

<sup>103</sup> Michel Foucault, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992, p. 9.

Las radios puertorriqueñas pasaban, en los años 1950 y 1960, canciones de vellonera como “El paquetero”. Su autor, Odilio González, conocido como “El Jibarito de los Lares”, triunfó en 1958 en Estados Unidos cuando se presentó en el teatro Puerto Rico de Nueva York de la mano del empresario Pedro “Piquito” Marcano, quien le editó el disco “Ni de madera son buenas” donde resuenan las estrofas: “¡No seas paquetero! ¡No digas mentiras!”. Paquetero era también el título de un bolero que la orquesta cubana Gloria Matancera, gran suceso en la isla durante los años anteriores a la Revolución, grabó a comienzos de la década de 1950: “Yo no me canso de pensar/ que tú eres un paquetero y nada más/ Yo no me canso de pensar/ tremendísimo paquete y nada más”. En la segunda mitad del siglo xx, muchos centroamericanos e isleños del Caribe sabían que paquetero quería decir mentiroso, embustero. Pero pocos conocían ya su ligación con el balurdo, aquel “paquete chileno” que en Buenos Aires supo ser paco, antes de atravesar los Andes y conquistar regiones que ni el más audaz cuentero hubiera imaginado.

La historia transnacional de esta estafa que, con distintas denominaciones, circuló por el mundo iberoamericano desde el último cuarto del siglo xix, podría adentrarse todavía más en el siglo xx, cuando la ampliación de la red telefónica hizo surgir renovados guiones y nuevas modalidades de interacción entre cuenteros y otarios, más alejadas de los encuentros callejeros. Este trabajo se enfocó en el momento en que los cuenteros, vigaristas y paqueteros salían a buscar a sus víctimas a las calles, avenidas, plazas, bancos, puertos y estaciones de ferrocarril. En estos espacios, los encuentros interpersonales estaban atravesados por las lógicas de una economía monetaria cotidiana e informal, en la que los sujetos buscaban distintas oportunidades de lucro. El estudio de la historia del cuento del tío refuerza las hipótesis de los autores que, desde la perspectiva de la sociología del dinero, sugieren que la monetarización de la vida social, lejos de substituir gradualmente valores y normas culturales por sistemas de relaciones impersonales e instrumentales, construyó nuevos significados e inventó lenguajes, como el frondoso vocabulario del dinero forjado en el argot delictivo. En suma, se buscó llamar la atención sobre la importancia de aproximar los estudios sociales del dinero a la historiografía del delito en América Latina y estimular, al mismo tiempo, una mirada más sensible al escrutinio de sus conexiones transnacionales.